Del Sena al Ozama.

POR

VIGIL DIAZ.

33105

Inv. 2018 | 42

Dedicatoria.

BN
RD863.42
D542d

A Jorge Juan Serralles:

Esta obra, si es que la crítica eunuca y vermiforme me permite este califiatur audaz, se la dedico a Ud. porque tiene gentileza y respeto para aquellos que piensan y sienten por encima de la piara humana; y porque ha sabido ocultar con suma discreción los atributos de Mercurio, cuando nos hemos paseado por los "Propilios" aristotélicos o por los jardines de "Academus", al suave y dulce son de las cítaras.

A Don FIDELIO DESPRADEL, mentalidad platónica, intensa y muy generosa.

A MADAME POBREZA, la cruel y leal esposa del democrático y casto Meser San Francisco de Asis, por muchísimas cosas que solo *Ella* y yo sabemos.

Al filósofo MONSIEUR DE HOMAIS, porque advirtió, oportunamente, con suma experiencia y suma bondad, a León, el amante de las histérica Ema de Bovary, *que en este mundo hay buena y mala literatura, como hay buena y mala farmacopea, malgré tout.*

Reg. No. 001873

PRIMERA PARTE.

A Orillas del Sena.

El Rey de la Bohemia.

En la Terraza del D' Harcourt, conocí anoche al Vizconde de Cheraldine, el Rey de la Bohemia del Quartier Latin. Me lo presentó un japonés corresponsal de un importante rotativo de Tokío.

El Vizconde de Cheraldine es el mas fiel representante de la bohemia sarrapatrosa, hambreada, que inmortalizó a Rodolfo, a Chaunard y a Colline. Alto y fornido, las mandíbulas fuertes y la cabezota de melena leonina; perennemente envuelto en flamas alcohólicas y en desmedrado y pestilente *redingote* guarnecido de pieles que fueron árticas, ambula de taberna en taberna y de crepúsculo a crepúsculo, el pintoresco y noble parásito, altanero, fanfarrón, lanzando corrosivos insultos, aereos e hipotéticos puntapiés al tranquilo burgués que se le ocurra pasar a menos

de dos varas de distancia de su sagrada y fermentada persona.

El Vizconde de Cheraldine fué de la famosa escolta de Verlaine. Conmilitó líricamente, y combebió con el Maestro, cuando el Maestro *trenaba* su anquilosis pontificia y sifilítica, del café "Procope" al "Soleil d' Or", y de éste al "Vachette", transformado hoy, cruelmente, de templo apolíneo, en guarida de Mercurio. Al fauno mágico de patas aduncas debe el mugriento y democrático Conde, haber perdido su carrera, que auguraba ser triunfal, porque era un brillante estudiante de derecho. Al sonido de la siringa del fauno *maudit*, se fugó de la "Sorbonne", para gozar, junto con Arturo Rimbaud, el Conde Robert de Montesquieu Fezensac, noble y refinado esteta, y aquellos efebos finiseculares, de labios frescos, de largas y oleosas cabelleras y uñas betuminosas, las *fiestas galantes* y las *bacanales ambiguas* que dirigía el más ilustre jerarca lírico de Francia.

A las dos de la mañana, después de haber cenado opíparamente y bebido como una esponja, a cargo de mi cartera, me dijo, en la boca del estrecho y peligroso *cuadrivium de "Noctambulos"*:

—Adiós, mi amigo, pronto no veremos por Haití, su bella patria; siento dejarle, pero tengo que ir inmediatamente a la *Cité*, a esperar la luna,

con la que tengo que hablar bellas cosas de amor; y luego descendió, dando tumbos, hasta perderse en las sombras, el último representante de la escatofilica bohemia del siglo XIX, el residuo doliente, la síntesis báquica de aquella canalla genial y parasitaria que se hartaba al azar, en la *table d' hote* del inmortal "Bachet" y cuyo pezcuezo mugriento está pidiendo a gritos el piadoso corbatin de cáñamo que por poco liberta al excelso vagabundo *Maese Francois Villon.*

La Morgue.

Las primeras lecturas, las de la adolescencia, dejan en el espíritu y en el cerebro huellas tiránicas. Nunca hablaba o leía algo de París, sin sentir asociarse en mi cerebro la imagen de la Morgue; parecíame, inmediatamente, ver a Lorenzo buscando a través de las vidrieras, el cuerpo túmido y roido de Camilo, el hijo de Teresa Raquin, o el cuerpo pálido y bello de una Mimí decepcionada, víctima de las aguas del Sena, el mas bello *camino líquido lírico del mundo.*

La Morgue es la barca sombría de la muerte que, anclada en las orillas del Sena, aguarda, sempiterna, su horrible carga de ahogados, de cráneos partidos, de gargantas extranguladas, los despojos de los suicidas, de los vencidos por el dolor de la vida, o por la miseria, ese monstruo sin entra-

ñas. Cuando se le comtempla a distancia, agazapada a espaldas de "Notre-Dame", su tono barroco, su arquitectura chata, da la repugnante sensación de una hiena himplada, acechando el paso de un cadáver arrastrado por las aguas, para devorarlo.

Cuando salvé la pesada puerta de hierro que franquea la entrada del macabro establecimiento, tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no volver grupas. Un ambiente nauseabundo, rarefacto de carne podrida, de masa encefálica fermentada y de tercos antisepticos, me dió un zarpazo en la boca del estómago, tan fuerte, que poco me faltó para vomitar. Era muy temprano, apenas las nueve de la mañana; frente a las vidrieras se paseaban, azorados, algunos turistas. En el salón donde se alinean las piedras grises, que es donde exponen las piezas recojidas el día o la noche anterior, solo estaba un matrimonio inglés con su inevitable cámara fotográfica, y yo. Sobre una de las piedras estaba tendido el cuerpo de una mujer con el rostro completamente desfigurado, pero de senos mórbidos, frescos, fuertes y pálidos como dos escudos de plata; junto a ella, en el piso, un montón de ropa mugrienta y unos zapatos burdos manchados de sangre, unas pulsas y un pesado collar. En otra, un anciano casi desnudo; por las barbas espesas y torrenciales, casi blancas y riza-

BIBLIOTECA N... SANTO DO...

das, y por la semítica nariz que se le había perfilado, y violentado fuertemente, parecía la estatua de Moisés cincelada por Augusto Rodin.

Uno de los mozos de trajín del establecimiento, coloradote y satisfecho de su animalidad, adivinando, instintivamente, mi interés artístico y mi piedad a las insensibles carroñas, puso en el pavimento las cubas de agua que llevaba, sacó una pipa y una bolsa de tabaco, la cargó, rayó un fósforo, y después de lanzar una espesa bocanada de humo, le hizo un gesto burlesco al anciano, y dirigiéndose a mi, díjome: "c' est papa Dieu", y vomitó una carcajada bestial.

Gaby Deslys.

Gaby Deslys, cuyo verdadero nombre era Gabriela Caire, ha muerto en una de las principales clínicas de este París, a consecuencia de un tumor saturnino próximo a la carótide, que le oprimía el vaso máximo, impidiéndole respirar. Los grandes cirujanos que la atendían, determinaron operarla; pero Gaby, obedeciendo a un mandato de trágica coquetería, a un hiperestésico narcisimo trágico, se negó rotundamente, y prefirió el suicidio a que un despiadado bisturí desfigurara con un costurón grosero el cáliz armonioso y terso de su garganta.

Después de la unípeda Sarah Bernhardt y de la trágica y desdichada Matta Hari, *la informadora* C. A. 42 *javanesa*, en estos últimos tiempos, Gaby fué la mujer que metió mas ruido, la más

estrepitosa maraca de la Ville Lumiere, no por su arte que valía muy poco, sino por sus amores escandalosos, sus aberraciones y sus gustos helénicos. Primero se enamoró del hijo de Amelia y del turbio inconsciente y rechoncho Don Carlos. Después secuestró un Duquesito de apenas diez y siete años; y cuando ya estaban en la puerta del juez civil, la duquesa madre le arrebató el adolescente de entre las garras: la megalómana Gaby protestó, lloró, pero no pudo ser duquesa.

Gabriela estaba atacada de efebismo. De buenas a primeras desaparecía de París, y cuando volvía, era con un Ganimedes o con un Antinoo, moreno como uva o rubio como trigo, que había pescado en los muelles propicios de Nápoles, en las orillas del nebuloso Támesis o en el Cuerno de Oro.

Su último querido fué el célebre bailarín norteamericano Harry Pilser, el primer profesor de tango argentino del mundo. Gaby le dejó en su testamento una renta anual y un collar de perlas valorado en doscientos mil francos, regalo de un rajah o de un ex-presidente hispano-americano, no sé si de Don Porfirio, el viejo tigre azteca, o de Don Cipriano Castro, el jagualato andino cacoquimio y danzómano.

Pilser tiene en la *Butte de Montmartre*, una academia coreográfica en la que cobra doscientos

francos por media hora de lección de tango, que las snóbicas parisinas pagan con sumo gusto por tal de sentirse comprimidas por los fornidos brazos del atlético *danseur*, que estrechó el cuerpo armonioso de la desdichada Gaby.

La última vez que apareció Gabriela en escena, tal vez para hacer saber a sus admiradores que la vida es una eterna mueca simiesca, o quizás si impulsada por alguna recóndita tara calimántica, danzó, con un asqueroso chimpancé entregándole, al terminar la danza exótica, la garganta grácil y los labios sensuales a la repugnante alimaña para que los acariciara con bestial lubricidad.

Sin embargo, esta maldita y encantadora joya babilónica, al sentirse próxima a la tumba, tuvo un gesto noble que le ha colmado de póstumas simpatías. Ordenó, que sus joyas valoradas en *dos millones de francos*, joyas que en verdad no ganó con su voz ni con sus danzas, sino con los encantos y virtuosidades de su cuerpo, con las esmeraldas de sus ojos, y con el venenoso rubí de su boca, fuese distribuido entre los obreros pobres de su pueblo natal. Su mágica quinta sibarística de *Corniche*, en los alrededores de *Marsellas*, fué donada para un hospital de niños tuberculosos.

Sus últimas palabras, al morir, fueron estas:

tengo treinta i ocho años, y aún estoy bella y fresca; pero, es un momento oportuno para morir, ya que he vivido dominando a los hombres y a París, como una reina.

A la verdad, después de Petronio, nadie se ha retirado más ecuánime y dignamente del asqueroso escenario de este mundo, como ésta orquidea anecreóntica. Que Júpiter la haya acogido en sus brazos olímpicos, con la misma ternura y febril anhelo que dispensó a Leda, la adorable y armoniosa esposa de Píndaro.....

En Notre Dame.

Cuando llegué a la Cité, sentí la dicha inefable del que está próximo a cumplir una promesa largo tiempo ofrecida: oir una misa en la vieja Basílica de San Luis, la maravillosa sinfonía petrea, que dijo el inmortal autor de la "Leyenda de los Siglos".

Al instalarme en la nave central, junto a una de las columnas, en cuyos fustes y capiteles el astro todopoderoso fundía sus rayos en rica policromía, el órgano Cliquot, de cinco clavicordios y seis mil tubos, registró en *re mayor;* miré a las naves y a las bóvedas laterales, buscando a Dios, a Esmeralda, a Cuasimodo y al gran Emperador; a los quinientos músicos y sesenta mitrados que entonaron el *Tu es Petrus,* la mañana glacial y serena del dos de Diciembre. Poco después principió

la tragedia cantada del Divino Redentor de la humanidad; y parecíame, al conjuro evocativo, ver al Papa Pío VII, al anciano prisionero de *Fontainebleau*,, intentando colocar, con trémulas y arrugadas manos, las coronas imperiales sobre la amplia y armoniosa frente del *corso* olímpico y tonante, y sobre los rizados bucles de Josefina, la criolla sensual, capitosa y estéril, en nombre de Jehová, Dios de Israel y Padre del mundo; a la nobleza podrida, libando hiel bajo la bota del despiadado y sanguinario taumaturgo que con la punta de su espada *había exumado la ensangrentada corona del idiota Luis XVI, perdida en los fermentaderos de París;* y sentia, por el mismo poder evocativo, los clarines, el redoblar de los parches y el batir de los cacos del fogoso y cabriolante caballo del *Coq Empenaché du faubourg Saint Germain*, martillando el pavimento de la esplanada de Notre Dame; la voz del faustuoso Joaquín Murat, a la sazón Gobernador de París, comandando la suprema parada de los grisáceos, heróicos y roñosos veteranos de Marengo y de Rivoli, que hicieron guardia de honor en la coronación del César armipotente, y el ronco bramido de los ciento un cañonazos lanzados por las piezas de fuego que habían rodado sobre las llanuras pantanosas y heróicas, y que, a manera de un estilo bélico, subrayaron las más gloriosas páginas de la historia de Francia,

escritas por las garras rampantes de Napoleón, el águila caudal y máxima.

Cuando el coro salpicado de voces blancas y celestiales, entonaba el último salmo litúrgico, abandoné el interior de la Basílica Mater, y fuera, mientras una muchacha rubia y estrepitosamente grávida me pedía limosna para un viejo que parecía ciego, que con morral de cuero y saxófono en bandolera, comía con voracidad pan y morronga dorada y grasosa; y un granuja sarcomatoso, de nariz tan exageradamente dilatada que se le vislumbraban los sesos, me insinuaba medallas y relicarios, fincaba mi atención en el frontis, donde los reyes de Judea y de Israel muestran, en bajos relieves, solemnes y severos, sus barbas pétreas y torrenciales; sus mitras y sus báculos pastoriles; saludé con reverencia y honda pena a San Dionisio, el areopagita, que sostiene entre sus manos sarmentosas, su propia cabeza infantil y de lánguidas guedejas.

La estatua de Carlomagno, el hijo de Pepino el Breve y de Berta la de los grandes pies, *Empereur á la barbe fleurie*, besada por el sol, que todo lo alegra y enluce, prendía en las espesas gualdrapas que cubren las ancas de su corcel de guerra y en su espada erecta y prócer, un tono sepia, suave y bello; y parecíame oir también entre los bota-

reles de la Basílica los vagidos del expósito D' Alambert, y la voz del Mariscal Pedro Francisco Carlos Angereaux, el Duque héreo de Castiglione, que le decía al peripotente Capitán: Sire, *para coronar esta coronación, dignamente, solo faltan los quinientos mil cadáveres tendidos por vuestra ambición, en los campos de batalla.*

El Cardenal Richelieu.

Hoy he visitado la tumba de Armando Juan Du Plessis, Cardenal Duque de Richelieu, el famoso Ministro *corta-pescuezos* de Luis el Justo, el que llevó en hombros, con talento y sumo carácter, el trono, la corona y las intrigas del bondadoso y aburrido rey cinegeta.

Los mármoles que guardan los despojos del grande hombre de Estado, están en una de las capillas laterales de la pequeña iglesia de la Sorbonne, edificada por él mismo; y representan al ilustre levita, *in extremis*, mientras una mujer joven y bella llora de hinojos sobre los armoniosos pliegues de la cauda cardenalicia, y otra, joven también, y en la que yó, por mente pecaminosa, creo reconocer a su complicada *maitraisse* Madame d' Arguillon, le sostiene, afligida, la armoniosa testa, en ritmo mortal.

El cicerone de la capilla, ceremonioso, ambiguo de líneas y andares, que junto a las barbas del ilustre prelado vende postales del panfilosófico establecimiento, me dice que las compungidas mujeres que acompañan al Cardenal, son sus sobrinas.

—¿Sus sobrinas.... o sus hijas?

—Oh, no, Monsieur....! El Cardenal no podía tener hijas, acaso sobrinas —me dijo,— y se sonrió picarezcamente; luego supe que las hembras bellas y tristes simbolizaban la Religió y la Ciencia.

Sobre la tumba, como una lámpara votiva tallada en un rubí, asido a la comba del techo, pende el capelo de rojo terciopelo que cubrió por última vez la felina cabeza del *gato montés*, como le llamaba *Monsieur de Treville*, el heróico capitaán de Mosqueteros de Su Magestad.

No teniendo cosa más importante que ver, salí del pequeño templo de la más grande basílica mental de Francia, llevando en el bolsillo trasero del pantalón, una copia fotográfica de la mascarilla macabra de su *Eminencia*, del soberbio aguilucho de Luzón que por tantos inviernos se anidó en el nido tibio y voluptuoso de María de Medicis, y que el cicerone de decires y andares ambiguos, me indicó comprara como curiosidad indispensable para mi album de viajero.

Fuera, me llamó la atención el numeroso público que rodeaba el busto de Auguste Comte, que adorna y prestigia la plazoleta de la Sorbonne.

—Qué pasa.....?

—Oh, mon Dieu!!!!!

Los estudiantes del *Quartier*, habían hecho una de sus travesuras: le habían puesto al ilustre jefe del positivismo, bigotes a lo Kaiser, y en la *boutonniére* de la filosófica levita, una flor de forma lúbrica, y algo más grave aún: le *apocoparon el apellido*.

Oh, mon Dieu.....!!!!!

En el Panteón.

Antes de salvar el pórtico donde Angers ha cincelado a la Patria entre la Libertad y la Historia, repartiendo coronas a sus hijos predilectos: los políticos célebres, los sabios, los artistas, los soldados de la República y los del primer Imperio; y Santa Genoveva, patrona de París, suplica al implacable *vergajo bíblico, al dragón apocalíptico, al martillo del mundo,* al férreo y brutazo de Atila, respete su amada ciudad; y San Remigio, con la redoma del crisma que le trajo la paloma paraclética y milagrosa, unge la frente del heróico Clodoveo, Rey de las Galias, nos descubrimos frente al potente y maravilloso bronce de Augusto Rodin: el *Penseur* que, apoyada la barba en el dorso de la diestra, contempla la humanidad que pasa por los albañales de la vida.

Dentro del templo, mientras contemplábamos el armonioso tambor, listos al goce de los frescos que ilustran el establecimiento, sentí una voz ronca y subterránea que salmodiaba *aux cryptes, aux caveaux, aux tombeaux les visitants*. Los salmos profundos y quejumbrosos, provenían de un viejo gordo con el pecho chorreando cruces y medallas, y en la diestra, un copioso llavero, al que seguía un tropel de visitantes que forcejeando por tomarle la delantera, se dirigían hacia el ábside del templo.

—¿Qué pasa, le pregunto a mi piloto.

—Nada sígueme, hemos llegado a tiempo, vas a conocer la cripta.

El viejo apoplético abrió una puerta, pequeña y fuerte como la de un presidio medioeval, y principiamos a descender por una escalera penumbrosa que desprendía un fuerte y raro olor a murciélago y orín de gato. Cuando llegamos al término, el cicerone, con la barba descansando en la grasosa sotabarba, mirando siempre al pavimento, principió a darnos una conferencia sin puntuación, automática, sobre las particularidades de la más ilustre bodega de huesos ilustres de Francia.

—Esas columnas, señores visitantes, no están hechas de cal y canto como seguramente piensan Uds., sino de piedra sobre piedra, separadas

por una lámina de acero, y es por esto, señores visitantes, que Uds. no sienten la humedad, a pesar de la profundidad a que estamos; y contraía el rostro apretando los ojos como si hubiera dicho la última palabra respecto a la causalidad y finalidad del Cosmos, limpiándose la frente cretina y roja, por la que destilaba sudor y ajenjo como un filtro. Después, fué deteniéndose frente a las tumbas de Juan Jacobo Rousseau, Voltaire, Victor Hugo, Lamartine, Zola y otros grandes hombres de ciencia y de arte, haciéndoles sus correspondientes y mecánicos panegíricos, hasta que llegamos a la galería de los *célebres anónimos*, (si se me permite la paradoja); en ellas reposa el famoso químico Berthelot, y sus amorosa y honorable esposa, Madame Berthelot, la única mujer que duerme en el templo nacional de la sagrada colina de *Santa Genoveva*. Tal distinción la hizo el Gobierno Francés, *para honrar la lealtad conyugal*: Madame Berthelot murió el mismo día que murió el ilustre profesor de termoquimia, debido a la profunda pena, al cruento dolor que experimentó su alma de Andrómaca cuando le dijo adiós para siempre, al que había sido dueño y señor de su corazón.

En una píxide vimos el hermoso y pálido rubí que animó el alma gloriosa y vehemente del

león tuerto de la Alsacia: el corazón de León Gambetta.

Cuando el viejo rechoncho y sudoroso terminó sus conferencias, ascendimos por la escalera, precipitadamente, tocados del temor de quedarnos en aquella bodega gloriosa, en aquel sombrío y mal oliente hipogéo. El mecácino Demóstenes se colocó, discretamente, en la puerta principal, sosteniendo entre sus espesas y velludas manos la mugrienta gorra de estrepitosa cucarda y rutilantes galones, esperando, con los ojos cerrados, los francos que tan digna y sabiamente se había ganado, francos que él contó con los ojos completamente abiertos y la boca cínicamente sonreida.

El Museo del Louvre.

De este maravilloso cofre del Louvre, solo me interesan, por hoy, las dos diosas máximas: la de Milo y la de Florencia.

En la capilla de nuestra Señora de Milo, la diosa de *centelleante* carne marmórea, recordé lo que dijo Teófilo Gautier "Bajo las Bombas Prusianas":

—"Esta diosa no será jamás alemana". Y continúa. "Cuando las hordas kantistas y hegelianas avanzaban sobre París, quitaron de su pedestal a la Venus asombrada, y metieron el divino cadáver de mármol en una caja de encina, en forma de férretro acolchonado con algodón en rama, de modo que ningún contra golpe o rozamiento alterase los puros contornos de aquel luminoso cuerpo. De noche, unos hombres de absoluta confianza baja-

ron la preciosa carga por una puerta secreta del *Louvre*, para depositarla en el subsuelo de la Prefectura de Policía, donde habían preparado una fosa para la gloriosa resucitada, de quien iban apoderarse, por un momento, las tinieblas, después de haberla guardado tantos siglos. Cuando iban a volverla sobre su pedestal, *ara* de la belleza, para entregarla de nuevo al amor de los artistas y los poetas, desventurados con su ausencia, sobrevino la *Commune* con su nube de bárbaros, no descendidos de las tinieblas cimbrias, sino brotados por entre los adoquines de París como impuro fango; se salvó también, el día en el cual, queriendo hacer funerales dignos de *ella*, hizo arder como trípodes, al paso de su séquito funerario, los monumentos de París, inundados de petróleo".

I la espada de Gallieni, la salvó el año terrible de *mil novecientos catorce*, cuando las hordas gépidas de Guillermo, bajo el comando de Von Kluck amenazaban pasar a saco y cuchillo la más luminosa ciudad del mundo; y la salvarán siempre, porque escrito está, en los libros apolónicos de *"Delfos"*, que la carne de mármol coralítico de la Diosa no fué cincelada para calmar la lujuria brutal de las *bestias hiperbóreas*, que dijo Nietzsche.

De la túnica que al ras de las crestas hilíacas cubre, a medias el pubis, ascendí por la armonía

pentélica de los senos, hasta el deseo de violarla y de repetir con el desdichado Marques de Targuini: "un alma agotada por haber soñado durante una hora frente a la belleza de una Venus desnuda, o casi desnuda, no tiene aliento, siquiera, para encargar un par de botas"; y con Verlaine, interrogar: ¿"es de mármol o nó, la Venus de Milo"?

De la capilla de la Diosa Cipria, pasé a la capilla de nuestra Señora de Vinci.

Diez años estuvo Leonardo buscando con los pinceles una sonrisa que se le había perdido *en los labios de un discípulo prelilecto,* muerto a destiempo. La verdad es que la sonrisa de la Mona Lisa fué su obsesión estética. La encontramos en *Un estudio para la cabeza de una virgen; en la Adoración de los Magos; en la virgen de las Rocas; en la virgen de las Balanzas; en una cabeza de Cristo; en la bella Forronniere; en su San Juan Bautista,* aparece siempre la misma sonrisa. Esta predilección no me sorprende: Fidias y Praxiteles tomaban como arquetipo, como único modelo para sus estatuas venustas, el cuerpo armonioso de sus queridas. Ticiano Vicelli de Cador, el ilustre Caballero de la Espuela de Oro y gentilhombre de Cámara de Carlos V, pintó a su amante, la bella Violante, como sacerdotisa de la lujuria, como bacante, junto al satirillo Pampino, en su famosa "Fiesta Báquica"; y el Sanzio, en

epístola estimable, afirmaba a Baltasar de Castiglione, que para pintar una mujer bella y hermosa, había que tener una mujer más bella y hermosa, cuando menos. Dante en el "Convito", en un libelo de amor, refiriéndose a la Portinari, dice: "para que se aparte todo pensamiento impuro, recuerde quien la vea, que ya he escrito, que el saludo de esta mujer, operación de su boca bella, fué mi supremo deseo mientras pude recibirlo, y cuando lo recibía, no solo me hacía olvidar a mis enemigos, sino mas aún, una llama de caridad me obligaba a perdonarlos"; y agrega: "en dos partes del rostro humano se manifiesta el alma: en los ojos y en la boca: la boca es el término del amor".

Calimánticas.

Estaba un dandy de provincia contemplando la exposición veraniega de las "Galerías de La Fayette", cuando se acercó a las vitrinas un matrimonio de mala catadura que llevaba sujeto a una cadenilla un *Lulú*, blanco como un copo de algodón, que se permitió el irrespetuoso capricho de tomar los pantalones del elegante, de columna mingitoria. Cuando el acicalado espectador se sintió tibiamente humedecido, buscó la fuente y le propinó un par de bastonazos en el lomo. El dueño del falderillo sacó la pistola y le partió el cráneo al petrimetre, con la tranquilidad con que se hubiera tomado un Pernod.

Pero bien, me decía yo, que, atraído por esa curiosidad trágica inexplicable, me había trepado en un banco a ver agonizar al interfecto; pero

bien, ese sato incivil, más que incivil, indecente, es acaso descendiente de la jauría mitológica de Diana; o del filantrópico Barry, aquel San Bernardo cuyo monumento está a la entrada de la Necrópolis canina de Amiers? Es acaso de la estirpe del celoso y fiel lebrel de "Kordofán", que acompañaba a Cleopatra en su galera de oro y marfil por las sagradas aguas del viejo y lamoso Nilo? ¿Tendrá acaso sangre del imperial "Peritas", a quién el ilustre Macedón elevó una ciudad en recompensa a sus zalamerías; o del consular "Fortuné", aquel lanudo favorito de Josefina, a quien el general Bonaparte, desde las ensangrentadas y victoriosas llanuras de "Marengo", la misma noche trágica en que perdió a su querido Desaix, y en la misma epístola en la cual comunicaba a la sabrosa criolla la derrota del Baron de Melas, enviaba cariños para el travieso "Fortune", a quien consideraba más feliz que él; Fortuné, que tantas veces durmió en el cesareo *redingote* del *Petit Caporal* y jugó al escondite con el Gran Emperador entre los bronces, estatuas y gobelino de las Tullerías? O nieto, siquiera de Bárbara, aquella linda perra de aguas, de verdes ojos fosforescentes, que en la *urna de marfil de Brujas, la mística y priápica ciudad de los canales muertos*, impregnada de bergamota y agua de Portugal, prendía monstruosas bramas y lujurias hipotéticas en

los cerebros de sus queridos, aquellas dos carroñas finiseculares, el ceremonioso Señor de Brouguelon y el bifurcado y vesánico Señor de Mortimer? Pues nada de esto; el culpable del grosero homicidio de las Galerias de La Fayette, es lo que los ingleses, con mucha propiedad, llaman un *dung hunter*.....

La prensa ha comentado el crimen llamando la atención al Prefecto de la Policía, sobre la necesidad que tiene París de un reglamento perruno, que marque hasta dónde y como se debe amar y castigar a los perros; porqué es muy posible que esta zoofilia aguda le traiga un lamentable conflicto internacional a Francia. Si el dandy, en vez de haber sido un mozo bretón, como se identificó después, hubiera sido el Príncipe de Gales, de incógnito?.....

El caso de histerismo canino que presencié hace algunas tardes en un café aristocrático del *faubourg*, está pidiendo reglamento, no; estricnina a pasto. Una bella dama rubia y estival (esto es trascendental para el pronóstico), estival, y de porte muy gentilísimo, daba de comer a un dogo viejo, rechoncho y asqueroso, pedacitos de bizcocho humedecidos en un vino color de topacio, limpiándole a intermitencias, con vaporoso diminuto pañuelo, y marcada ternura, los ojos húmedos, pe-

digüeños y rojos como los de un viejo Sultán atacado de tracoma. El artrítico dogo se lamía y relamía los belfos lúbricos y colgantes con una virtuosidad que me puso en ascuas.

Para esos perros, estricnina a pasto, y para esas histéricas, estivales y calimánticas, el Juez Civil a tiempo.....!

De Re Gastronómica.

El arribo nocturno a las ciudades me encanta, porqué sus luces me evocan la trémula luminaria macabra de las noches de Noviembre de la vieja ciudad colonial donde nací; noches llenas de encanto luctuoso, engalanadas de azucenas, de gavillas de rosas, y de gavillas de lirios; impregnadas de fuerte olor a incienso y a cera quemada, y del fúnebre lamento de los catorce campanarios de las catorce iglesias, pidiendo a los vivos oraciones para la paz eterna de los muertos.

Para bisbisar un soneto sobre los huesos del *pauvre Lelian*, ya conocí el cementerio de Batignolles; para rezar una oración satánica sobre los mármoles que cubren la carroña torturada de Baudelaire, y otra en la del funambulesco Theodore de Bamville, conocí la de Montparnasse, la necró-

polis mas lírica, la que guarda en su seno mas locos sublimes.

Mi devoción por el desdichado *Cocoricó del Androginismo, Reading* 33, y por Alfredo de Musset y su ardiente y bella querida y cuñada, la noble Aimée Irine d'Alton, ya he conocido también al *Pére La Chaise* que es el cementerio que guarda más cabezas sabias, tales como la de La Fontaine y Moliere, sus primeros huéspedes, y los corazones sensitivos de La Martines, y los de Abelardo y Eloisa en sus nupcias póstumas.

Esta tarde, impulsado por mi necrofilía, paséome por los silenciosos boulevares del cementerio de Montmartre, cementerio que a mi se me antoja una pequeña ciudad liliputiense. En busca de tumbas ilustres me acompaña Monseñor Goussard; disertabamos con filosófico recojimiento sobre la inmensa realidad de la muerte y sobre la ridícula falsedad de la vida, y súbitamente, con marcada alegría en los ojos infantiles y azules, mesándose con nerviosa voluptuosidad las espesas y rubias barbas, golpeó con la contera del paraguas una tumba diciendo:— Aquí está mi hombre!

—Como, aquí descansa su padre?

—No, quien descansa aquí es el gran Brillat de Savarin.

Efectivamente, la estela fúnebre me aseguraba que en el fondo de aquella tumba reposaban los restos del autor de la "Fisiología del Gusto", del refinado *gourmet* que había proclamado, que un pueblo civilizado no podía vivir sin buen café y vinos viejos. El hombre que daba más importancia a un faisán ahogado en salsa a la Santa Alianza, que a un honrado periodo delislativo. El que había asegurado, sinceramente, que era más difícil rellenar un pavo con huevas de lamprea, que dirijir un imperio. Que valía más un buen cocinero, que un buen senador; que Vatel, el heróico suicida de Versalles, era mil veces superior a Luis XIV; que una mujer sin apetito era un animal despreciable; que el descubrimiento de una nueva salsa brindaba más felicidad al género humano, que el descubrimiento de un nuevo astro; y por último, que la cena era el acto más voluptuoso de la vida, y lo demás pura representación impertinente.

Luego, recorriendo las ringlas macabras, encontramos las tumbas de Heine, de Offembach; la de Murger, la del mariscal Lannes, la del Duque de Montebello, la de Alejandro Dumas hijo, y la de su inolvidable camelia tísica; la del enorme y armonioso Theo. Gautier, en cuya lápida, lívida ya por el tiempo y destartalada por los mandobles

de la intemperie, leí unos versos que me conmovieron por lo tiernos y sencillos.

Con la amarga realidad de la muerte a cuestas, y la profunda tristeza de dejar en húmedo y estrecho nicho al pontífice máximo de la *table* francesa, al esquisito sibarita, al hombre distinguido en las ciencias y las letras de su época, al decir de Hosstman, abandonamos la ciudad del silencio para entrar en una tumultuosa y aristocrática taberna de Montmartre, a tomar sendas copas de ajenjo y cenar con el apetito y la devoción que recomendaba el más ilustre artífice de las voluptuosidades sápicas.

El Bosque de Bolonia.

Para el histérico y artificioso Don Juan de Floressans, la naturaleza no es otra cosa que un monótono almacén de árboles, y una banal agencia de montañas, ríos y lagos. Para mí, en cambio, es un elixir que me tonifica el pensamiento, el alma y la médula. En los ríos musicales y errabundos, gozo la lira de Orfeo; en las aguas estancadas, presiento el alma de Calipso, reina del silencio y de la isla de Ogigia; y en cada árbol, un maestro de bondad, un filántropo, un higienista y un profesor de ternura y de inocencia.

El excelentísimo Dominus Byron sintetizaba la belleza de una nación, por la belleza de sus mujeres; para mí, la cultura de una ciudad y de una raza, depende de su amor y respeto por las plan-

tas, y nada tengo de común con el émulo de Leandro.

—Mauricio Barrés, el ilustre cultivador del *yó*, afirma que es hermoso filosofar bajo los árboles, esos tristes albergues de las llanuras donde gimen las hienas sentadas como grandes gatos sobre tumbas; y agrega, que atravesando Jerges con el inmenso ejército que conducía contra Grecia, encontró un árbol tan bello y tan hermoso, que sintió por él tanto amor y admiración, que le colocó collares y brazaletes en sus ramas, y luego le puso a su servicio un hombre inmortal, un centinela perpetuo, esto es: que muerto uno, le remplazaría otro.

De la rama de los sauces melancólicos se colgaron las arpas bíblicas. Con la carne de los cedros más preciosos, se hicieron los puentes de las liras y las cítaras más armoniosas y perfumadas.

Alejandro ofreció una taurobolia blanca a una encina de las rumorosas orillas del *Termodonte*, porque a su sombra había platicado de cosas de amor y de guerra con la Amazona Telestris.

Cabe el árbol de la *ciencia del bien y del mal*, se comieron la primera fruta del pecado, que indigestó el alma de Adan y el alma y el cuerpo de Eva. De la sangre de la vid, hizo Baco la escala que conduce a la felicidad. En el rudo leño del

Calvario, exhaló su último aliento el Redentor del mundo; y en los brazos de una higüera vengativa, pagó Judas su traición.

Cuando llegué al corazón del *Bosque de Bolonia,* no pude menos que saludar a la más civilizada selva del mundo, con la oración breve y sencilla que acostumbraba a rezar Beethoven, cuando se recogía a concebir sus maravillosas pastorales bajo los abetos floridos, o de los pinos quejumbrosos: "Arboles, santos árboles, bendíganme y préstenme vuestra inocencia, para seguir siendo bueno en este mundo"....!

Atraído por mi otra predilección, la de las aguas tranquilas, híceme conducir a los grandes lagos por mi compañero, un banquero centro-americano color de café con leche, obscuro, que delira con el rojo lacillo de la "Legión de Honor", las mujeres rubias, las sortijas de complicados camafeos y las corbatas de estrepitosas tonalidades. Sobre el moaré verde putrefacto, ligeramente rizado de las aguas, parejas de amantes bogaban en pequeñas falúas; ellas desnudos los brazos y los cuellos, brazos y cuellos más blancos y satinados que los cuellos de los cisnes que con olímpicos gestos escoltan las navecillas citéreas y en cuyas pupilas metálicas, adivinaba el deseo perverso, la lúbrica travesura acuática de Júpiter, la de hundir sus

proras heráldicas y sedosas en los núbiles regazos y en las rosadas colinas de sus senos muelles y capitosos.

Una barca timoneada por un *caronte* rechoncho y jocundo, nos llevó a uno de los islotes que están en el gran lago, donde tomamos un té a la inglesa, que me supo, sinceramente, a infusión de cañafístolas. Mas tarde, occiduo el crepúsculo, de suaves oros y discretos azules, mientras pasábamos rodando vertiginosamente sumergidos en el vientre de un *hipógrifo* próximo a los armoniosos flancos del "Arco de Triunfo", *del más grande y solemne catafalco del mundo*, porque bajo su comba, al decir del genial meteco Dario, se veló el cuerpo de Papá Hugo, rumbo a la orilla izquierda del Sena, sentía la nostalgia de no haber podido aspirar durante toda la *tarde virgiliana*, como lo había bautizado el banquero centro americano color de café con leche, obscuro, el almizcle de nuestras majadas, y el aroma sensual de nuestras selvas tropicales que embalsama con urgencia de cantárida, sino un polvo supercivilizado, sagrado si se quiere, pero más peligroso que un *Simoun*.

Mademoiselle Regina Weis.

Junto a la fuente de María de Médicis, la fuente donde las palomas blancas y las palomas rosadas refrecan sus gargantas sitibundas, y los gorriones bañan sus plumajes grises, he conocido a esta mujer altamente interesante y rara.

Mademoiselle Regina Weis no es la fiera sinfónica y sensual de que habla el exquisito poeta, ni la hiena que no perdona ni a los vivos ni a los muertos. Regina es el lirio semítico, el canoro Embajador que ha presentado credenciales de Filomela en el voluptuoso "Santuario de Dione", templos cargado de esencias exquisitas, de complicados misterios. Su alma y su violín pueden cantar sobre la tumba de Orféo, hacer su nido en el corazón de Alfredo de Musset, o en el de Apolo, el divino liróforo del Olimpo.

Mademoiselle Regina Weis es un espíritu altísimo, es el mismo espíritu de la Música, la potencia excelsa que transforma la tristeza en alegría.

La armonía plástica; las formas frágiles y gráciles de su cuerpo; la melena leonina, tempestuosa, de heróico corte *beethoveniano;* las mieles inocentemente turbadoras de sus labios y de sus profundos ojos *jetatores,* y sus manos virtuosas y perfectas, me asedian con la terquedad y la violencia de una deidad perversa, o de un filtro maldito.

Ya principian a conocer en París a la encantadora violinista de los ojos negros, rutilantes y arcanos. Los estudiantes del QUARTIER LATIN la idolatran y van a ella, como las fieras al conjuro de la cítara órfica. El célebre Emilio Tavan le ha augurado un radiante porvenir, un fulgor de estrella; el "Conservatorio de música de París", ha adornado su frente virginal, pálida y noble, con el laurel triunfador.

Junto a la fuente, al rumor de la fuente, buscando la doble voluptuosidad de la armonía y de la penumbra, tal vez para escribir, un soneto verlainiano en el pétalo ya marchito de una rosa, la conoció el poeta, y la conocí yo por gracia del poeta. Ella le enseñó, luego, a amar la Música, porque amando la música, la amaba a ella; y la huella que dejó su sandalia azul en el espíritu has-

tiado de él, es profundísima, indeleble. El aeda ha escrito un libro de carácter muy íntimo. "Ave Regina", y Regina lo llena todo; pronto escribirá otro libro, y también lo llenará Regina, porque su alma es de Regina, y solamente de Regina.

Una Noche en que se hallaba ébrio de inspiración, oi que le dijo a la "Venus Azul", a la "Venus Gris", a la "Venus Blanca", a la "Venus Roja", a la "Venus Negra", y a la "Venus Rosa", estando en su Harem fabuloso, inverosímil: *vosotras sois las fieras sinfónicas y sensuales, las hienas que no perdonan ni a los vivos ni a los muertos;* pero Regina es y ha de ser siempre, para mi, la eterna *substancia pia, la criatura inmaculada y excelsa en la poesía y en la realidad"*, la hermana menor de la ideal y mística *Bice Portinari,* que por devoción del divino y rebelde panfletista florentino, vivirá, sempiternamente, en el Empireo.

Otro Bolo Pacha.

Essad Pachá, General turco, ex-Comandante de la fortaleza de *Scutari* y Caballero de la Le- de Honor, fué muerto en la mañana de hoy en el momento en que salía de su residencia del "Gran Hotel Continental", del brazo de su joven y bella querida. Colvet, su agresor, le dió dos balazos: uno leve, en el cuello, y otro mortal, en el vértice del corazón.

Cuando el homicida fué llevado a la primera estación de policía, declaró llamarse Colvet, y ser estudiante de pedagogía, venido de Albania, de donde era natural, a Roma; y de Roma a París, a terminar sus estudios; que no había premeditado agredir al Pachá; que había venido a buscar su secretario, y al verle tan altanero, insolente y satisfecho, del brazo de una *cocotte,* después que ha-

bía asesinado a tantos albaneses, después de haber comerciado impudorosamente con su patria, una ola de indignación le había llevado a aquel extremo; y agregó que no era un asesino vulgar, sino un caballero y un patriota.

La justicia francesa que sacó en libertad al asesino de Jaurés, el gran orador socialista, encontrándole atenuación al crimen, por haber sido este realizado a impulso de un sentimiento patrió-éste llevado a efecto en un momento de exaltación, ¿condenará a este joven patriota por la agresión realizada en la persona del jaguar Essad Pacha?

El caso de Jaurés es distinto; Jaurés era un apóstol, un convencido; su vida fué consagrada enteramente a la redención de los oprimidos. Detrás del fragor de la guerra, él veía estas ruinas: hogares sin amparo, huérfanos obligados a mendigar la subsistencia, la juventud tronchada en flo y caída en el surco trágico. Si era un antimilitarista, lo era por el bien de la humanidad.

El General Essad Pachá era el reverso de la medalla: ignorante, ambicioso, asesino, corrompido, cruel, traidor, no sabía sino de sus egoismos y de sus ambiciones. Para satisfacer su fiebre de oro y de poder, era capaz de las más dolorosas combinaciones por monstruosas que fueran. Había ofrecido su patria, primero a los alemanes;

después a los ingleses; pero yá, anteriormente, había servido como instrumento de crueldad a los turcos.

París, que vió sus sibaritismos asiáticos y sus ridículos rastacuerismos, ha contemplado esta mañana su cuerpo de traidor ahogado en su propia sangre. ¿Será Colvet un alucinado, o un moderno Bruto que ha querido castigar con su propia mano el iscariotismo, las villanías y crueldades del ex-Comandante de la fortaleza de Scútari?

Landrú.

Hace año y medio que este moderno *Barba Azul* ocupa la atención de París. Los hombres que hicieron la victoria, y los que se empeñaron en hacer la paz, están, en cuanto a resonancia, muy por debajo de Landrú. Cuando su nombre aparece en los diarios, no se habla de otra cosa mas que del refinado asesino, sobre todo las mujeres que son masoquistas por idiosincracia: por un hombre cruel que las sangra moral y fisiológicamente, dan la vida y la libreta de cheques; a un esposo bondadoso, fiel y gentil, lo transforman en un Anteo o en un reno de cornamenta tan esplendorosa, que lo incapacita a pasar bajo el "Arco de Triunfo".

Monsieur Landrú está acusado de haber destripado once mujeres, un perro y tres gatitos de Angora. Su táctica era realizar las propiedades

de sus amantes y ya liquidados sus intereses, las invitaba a pasar la luna de miel en su ya legendaria quinta de "Gambais", una pequeña Arcadia en los aledaños de París; una vez que entraban a la mirífica trampa, previamente insensibilisadas bajo la piadosa mascarilla del éter, las descuartizaba con la tranquilidad con que un carnicero descuartiza una ternera, quemando los rosados y voluctuosos trozos de carne femenina en un hornillo crematorio.

Hace meses que la policía trabaja tesoneramente por descubrir los crímenes del vampiro Landrú y solo ha conseguido estas pruebas: un carnet con los nombres floridos de once mujeres y una pajama de seda ilustrada por una horripilante fauna asiática, y con una lijera mancha de sangre cuyo origen no se ha podido determinar.

En el último interrogatorio, Landrú hizo derroche de serenidad, de humorismo y de cinismo repugnante; entre otras cosa dijo: esas mujeres son mis amigas, y es bueno que sepan los señores jueces, que cuando me determine a matar, mataré hombres y no infelices mujeres e indefensos animalitos, y paseó una mirada sádica, y una sonrisa felina y húmeda, de marcado impudor, por toda la sala.

La *facies* de este malvado Mariscal Gil de Rais, delatan al asesino, al ladrón y al satánico, y

tales estigmas me aseguran que no tardará mucho sin que le rompan a balazos el cráneo dolicocéfalo en los fosos de Vincennes, o que su cuello reciba el beso frio e inexorable de *Luisita*, ya que como el maldito carnicero sodomita del Castillo de Tiffauges, ha venido a este mundo *bajo la influencia de una estrella que lo guía a hacer monstruosidades que horripilan a los demás hombres.*

El Museo de Luxemburgo.

Las obras de arte, antes de aposentarse definitivamente en el *Louvre*, que es donde reciben la consagración inmortal, tienen que soportar en el *Luxemburgo* los dardos de la crítica y el beso del tiempo, ese viejo severo que mejora el vino y destruye los césares y sus imperios.

De la galería de mármoles y bronces, me llamó la atención un pantélico que simboliza el dolor: un joven ciego lleva a hombros a un anciano paralítico, que me recuerda a Eneas salvando a cuestas, del incendio de Troya, a su padre Anquises. El esfuerzo del desdichado mozo y la torpeza fisiológica del viejo paralítico, estan representados sin exageraciones ni violencias, con perfecta medida.

Un Narciso, de suave euritmia, precioso como

una flor, pero que conserva, apesar de su delicadeza, su fondo varonil.

Una Salomé con una serpiente envuelta en el torso; el ofidio, con la lengua afuera asoma la cabeza por la delicada axila ojival buscando el seno núbil y turgente donde poder hartarse del néctar de la vida. Los hechizos de la elástica y cruel hija de Herodías me exaltó el deseo cruel de poner a sus pies, breves y finos como las pezuñas de una centauresa, la cabeza de todos los Juanes.

Un mármol más. Pan, niño aún, inocente, tendido de bruces, da de comer panales de miel a dos cachorros de oso; en la tensión de las orejas y el rabillo, y en toda la expresión caprina se ve la fatalidad genésica de la velluda divinidad, que en el futuro, ha de llenar la selva con los sones de su siringa y sus deseos incontenidos.

De las ricas pinacotecas, un retrato de Paul Verlaine, por Carrere que es el mejor retrato del olímpico bohemio, donde con mayor grandeza está representado el pecado y el arrepentimiento, dualidad que hizo inmortal *al fauno divino y maldito*.

"El Exodo de Cain", es una verdadera sinfonía de dolor, que al contemplarla, nos inclina al bien por temor a un castigo igual. El desgraciado homicida de Abel, el ambicioso Cain, dilatadas

las pupilas sanguinolentas, parece como que tiembla su cuerpo casi desnudo al peso del remordimiento y de la maldición del Señor, mientras marcha a largos trancos por el camino polvoriento de su interminable éxodo.

Una alegoría de Gustavo Moreau: una sirena a horcajadas en un león alado y yacente en una isla del Adriático, verde, suave y bella como una esmeralda.

El retrato de una empingorotada dama, que supongo española, por las manos finas y espatuladas, por la piel mate, por los cabellos azules de lo negrísimo, y por los ojos como los de Lady Falkland vistos por Claudio Ferrere al amparo de un crepúsculo del *Cuerno de Oro*.

Le Chifonnier.

Yo siento una predilección morbosa por esos seres estiercofílicos. De vuelta de la orgía, cansado y avergonzado de la orgía, a muy altas horas de la noche, los he observado y seguido discretamente, hasta sus guaridas.

El trapero, a plena luz, pierde su personalidad, en cambio en la noche, hurgando y oteando en las sombras como una hiena, se magnífica. Mezcla de Job y de Pirrón, con la misma impasibilidad, con igual amor recoje su guano en el hospital donde el cáncer corroe la entraña que junto a la mansión donde desborda el champagne, la música y los placeres. Para él, tanto vale la liga de seda que ciñó la pierna o el encaje que adornó el pecho mórbido y aristocrático, como la venda impregnada de podre, que cubrió la pústula maligna.

Hay entre estas escorias humanas, doctores, abogados, comerciantes, filósofos, y hasta monjes

y curas *defroqués*, que la mano de Dios ha arrojado al fango, como un castigo. Diógenes, grandes apasionados, artistas, grandes decepcionados, rebeldes que no han querido someterse a la *maldita camisa de fuerza social*, que necesitan su libertad a *outrance;* o que tal vez, si obedeciendo a taras que ni el ambiente ni el tiempo han podido estirpar, prefieren soportar con estoicismo los vapores nauseabundos de los detritos en fermentación, a la mentira, a la falacia, al mimetismo, a la intoxicación perfumada del mundo y de la sociedad.

En un muelle póximo a Notre Dame, tal vez si en el mismo sitio donde el *Chiffonnier de Charpentier*, al rayar el alba entonaba su himno, no a Moloc, ni a Mercurio, el de los pies de niquel, sinó a Dios, en la creencia de que todos los poderosos han de cruzar su mismo camino de podredumbre y de tristezas, dos bambinos engurriñados, andrajosos, bellos y pálidos como dos lirios, profundamente dormidos, mezclando sus espesas y rizadas tomusas en el mugriento regazo de la bruja noctivaga de tristes ojos azulencos que los acaricia con maternal ternura, amodorrada junto al muelle, mientras el viejo curvado sobre su estercolero trashumante, clasifica su asquerosa mercancía que exhala un repugnante vaho de excrementos fermentados, y canta una triste canción, bajo el peso del sol, que todo lo purifica.

El Tigre francés.

Me he cansado de pasar y pasar frente a la casa donde vive Clemenceau, en la rue Flanklin, en la misma calle donde le agredió Cottin, y nada, que no he podido ver al ilustre y sanguinario felino. Algunas veces lo único que he podido enfocar es a un jardinero, algo reumático, con una pipa en la boca, que lleva un perro del cabresto, que riega las flores con indecencia, y cumple su necesidad imperativa, muy cínica y tranquilamente, en los arriates del jardín.

A Clemenceau, por lo que he podido recoger, no lo consideran por acá, como un político de genio, ni siquiera de talento, sino mas bien como un instrumento de destrucción, como una catapulta formidable, como una de esas divinidades panclásticas, dispuesto a destruir todo lo que haya que destruir, necesario para ciertos momentos, y nada más.

Podrá ser todo lo panclástico y sanguinario que se quiera el ex-jefe de la *extreme gauche,* de los judíos, de los meteques, como le han llamado sus enemigos, pero Clemencau es un carácter, con un valor más grande que sus pasiones, que no tienen límite.— No hace mucho, precisamente, al anunciar la prensa su viaje a Egipto, el Jefe de movimiento nacionalista de orillas del Nilo que estaba a la sazón en Suiza, le cablegrafió aconsejándole que no fuera al Cairo, porque le mataban. Clemenceau le dió las gracias por su gentileza, pero salió antes de la fecha indicada públicamente, para las sagradas tierras de los lotos, de los ibis y los Faraones. Lo visitó todo, y hasta dicen, entre otras cosas, que almorzó dátiles y leche de camella, al pié de las pirámides, en el mismo sitio donde hace más de un siglo, el General Bonaparte, arengó sus invencibles legiones.

Cuando regresó a París, uno de sus viejos amigos, el corresponsal de un periódico inglés, le preguntó: ¿qué piensas hacer ahora? Y él le contestó, acariciándose los espesos y lánguidos mostachos celtas: sencillamente, esperar la muerte.

Este París tan veleidoso e inconforme, le zurra la badana de lo lindo. Entre otras cosas graves, le acusan de haber hecho política inglesa, para los ingleses. Dicen, que cuando la catástrofe de los imperios centrales, disponiéndose el ejército

aliado, bajo el comando supremo del Mariscal Foch, a marchar sobre Viena, a romperle las garras al águila negra y bifronte austriaca, y golpear con el puño de su espada la tumba de Federico el Grande, y despertar a culatazos las viejas divinidades bélicas dormidas en el Walhalla; cuando se proponía emular al Gran Emperador Napoleón, el taimado leopardo inglés le pasó la cola por las ancas al tigre francés y le paró el avance. Por otra parte, le acusan de haberle faltado talento para conocer que si la guerra había principiado en Oriente, en Oriente debió de haber terminado, pero con beneficio para *Francia,* que fué la que dió mayor cantidad de sangre, de vidas y de heroismo.

El mundo entero sabe, que esta paz tan marqueada, *ha sido una paz* inglesa, para los ingleses; que por entre las sombras que arrojan los *diez millones de cruces,* pasan hambrientos, famélicos y ridículos, el águila tudesca, el oso ruso, el águila bifronte austriaca y el estrepitoso gallo galo, mostrando las garras y las espuelas nostálgicas y tintas en sangre, mientras el leopardo les contempla desde la inmensa colina de sus ganancias, lamiéndose tranquilamente las zarpas al compás de la cola: para eso el cerebro inglés es la máquina política más perfecta del mundo.

SEGUNDA PARTE.

A Orillas del Ozama.

Jacinto Silvestre

..... es un malvado, un lúbrico, un cínico, un sátiro, un íncubo maldito, sin alma y sin conciencia.....!

Nada de esto, señora mia, nada de esto, le diré: Con el remoquete de Gerineldos, es un page galante y travieso, capaz de conquistar el corazón de la Reina y Azafatas de una corte medioeval. Como Jacinto Silvestre, ya es otra cosa; es una lilacea venenosa ahogando su corola en la fuente de sus refinadas voluptuosidades, un *croniqueur* muy principio *siglo veinte;* un modisto de almas como dicen ahora. Ni moral, ni inmoral: amoral, y muy discreto a pesar de ser el más fiel representante del impenitente Don Miguel de Mañara. Lo raudo y lo placentero de su vida no le da tiempo para odios y venganzas, a lo sumo para vagos e inofensivos desdenes, desdenes a flor de ojos y de labios. Para Uds. tiene, —yo os aseguro señora— el corazón transido de ternuras y dispuesto

siempre a sangrar y hacerse trizas, y el cuerpo en potencia proclive, y todo entero, a los flajelos, desde el beso —que según él, es el más cruel de los flajelos— a los cruentos zurriagazos del desdén, que es el más pueril e incitante.

—Con Monsieur James Sandy Rose aprendió.

—Qué aprendó?

—Pues aprendió, que toda fémina es buena, porque toda fémina es sexo (Jorge Sand despreció el dulce y romántico bandolín del desdichado Alfredo de Musset, por el esplendor másculo y los potentes riñones de su médico el Doctor Pagello). Que se debe perdonar a los hombres por amor a las mujeres. Que se debe venir al mundo más que para amar, para ser amado. Pertenecer a todas y a una si fuera necesario. Que el ocio y la molicie, es la conquista más grande y más honrosa del hombre. Que las criaturas humanas más nobles son aquellas que se adoran a sí mismas. Que solo tiene una vida y ésta es limitada, y una sola hora para vendimiarla. Que no debe malgastarse el tiempo llorando el pasado y el porvenir, cuando se está gozando el presente. Que todo animal es un festín y todo animal un comensal. Que las alegrías son flores que agosta la lluvia y deshoja el Invierno (Invierno que ya muestra sus garras despiedadas, salpicadando la endrina y riza-

da melena con indiscretas volutas de plata). Que no debemos preocuparnos por el reino de la igualdad ni por el reino de la santidad, ambos reinos estúpidos y pueriles. Que el sabio sólo tiene una creencia, él mismo, y una sola patria, él mismo.

—Con Lucrecio, amar sin hipocresía.

—Con Rafael Octavio Augusto Galván y Velázquez, ilustre emperador de Síbaris, que es más saludable para el cuerpo, el alma y el pensamiento, vagar y dialogar tendido junto a la euritmia ebúrnea de Rodopa o de Friné, la querida de Ptoloméo, en una litera repujada de marfil y oro y cubierta por brocados, mullida a pétalos de rosas, tersos y húmedos, que domir a la intemperie sobre la mugrienta y áspera piel que ha llevado fajada a los riñones y con la que cubre el lecho de ríspidos guijarros un Pacomios o un Pafnucios, en los breñales de la Tebaida.

—Con Montaigne, que el arrepentimiento es una asquerosidad de la conciencia. Con el secretario del refinado y paralítico Duque de Guido, que no hay corte en el mundo, por grande que sea, que tenga esplendor y alegría sin mujeres, y caballeros con gracia y osadía sin el *amor y el favor de las damas.*

—Con San Epicuro, gozar y hacer gozar, vencer el dolor.

—Con él mismo, que todos los *vicios son nece-*

sarios, y la mayoría de las virtudes, perjudiciales: que rico tesoro, Dios mío!!....

Para Uds. no tiene la droga del dolor, que dicen que todo lo cura, sino dulces y sutiles filtros de placer que curan, paradógicamente, matando; y después de muertas, las amortaja ricamente, como tiernas y seductoras canéforas que fueron de las pecaminosas fiestas de su alma idoratriz en una corta Primavera cargada de mieles pánicas y melómanas cigarro, o de un corto Estío pasional, con esplendorosos cendales, tan inmaculados, castos y blancos como el armiño, signándoles, como pábulo sacramental las candorosas frentes y los senos turgentes y armoniosos, con las amargas cenizas que dejaron los carbones de sus arrepentimientos; y saboreándose, mezcla agradecido, el recuerdo de las mieles, que solo para él, acendraron las pomas morenas y los dorados panales, y que quedaron vagamente retenidos en sus labios de virtuoso catador, labios atrevidos, insaciables y sensuales, con estas siete antífonas lustrales y malditas de su divino maestro Remigio, el Obispo espúreo, satiriásico y leproso, cambiando, gentilmente, el tiempo del verbo ser de presente a pretérito:

—Que tus senos sean benditos, porque fueron impuros.

—Que tus ojos sean benditos, porque fueron

homicidas.

—Que tus pechos sean benditos, porque fueron sacrílegos.

—Que tu boca sea bendita, porque fué adúltera.

—Que tus pies sean benditos, porque fueron deshonrados.

—Que tu alma sea bendita, porque fué corrompida.

—Amen!!!.....

—Se persigna reverente, con ceremoniosa unción, y es muy posible que abandonando la basílica que guarda el cofre de sándalo que contiene el alma y el cuerpo harmonioso y bello de la última novia que tuvo la inocencia de amarle, con cuerpo y alma, y a quien el juró, de rodillas, adorar toda la vida; con su fabuloso cobujón verde y cabalísco, especie de universal sortija nupcial y morganática, talismán erótico en cuyas transparentes aguas, se bañan sus *tres mil dos ninfas;* y como emblema de su incurable martirio priápico, como un cilicio cruel y sempiterno, la cantárida de coruscantes pupilas de rubí posada sobre un dardo, y vagamente oculta entre las sedosas grietas de su abullanada y espectaculosa corbata, regalo de un burgués craso y creso que pretendió, imbécilmente, conquistar su pluma y su corazón desde el lejano y noble *Picadilly.* Radiante de insolencia

y de jocundo bienestar, con alba y meticulosa vestimenta, si es que ha amanecido ese día con el alma limpia y buena, y si transnochada y perversa, con combinaciones estrepitosamente cubistas, mortificantes; irónico, falsamente anquilosado, con alarmantes e hipotéticos quebrantos renales, y tan jiboso como el Vizconde de Rassy, aquel corrompido y fiel memorandum de las liviandades de París en el siglo diez y ocho; con una pipa de lejítima espuma de ámbar y de topacios, apoyada en un bastón de áurea y discreta rapetera, recuerdo de su abuelo, un ilustre y docto magnate venezolano, señor de sedosa gorguera, de horca y cuchillo; ceremonioso y obeso como un príncipe asirio; bamboleante y plácido, como el que jamás ha cometido un pecado, como quien tiene la conciencia limpia de remordimientos, es muy posible, os digo, que se encamine hacia el palacio archiepiscopal, porque el se siente un Monsignore.

—In partibus?

—No señora, efectivo, puesto que confirma y da consagraciones. Hacia el palacio archiepiscopal, a puntualizar, descaradamente, temas de casuística, de martirologio y de complicadas y solemnes liturgias, o a presidir, con sorprendente beatitud, con un relicario de platino ricamente repujado, y envuelto como una víbora domesticada en la grácil y torneada muñeca; salpicado el pe-

cho, blanco y terso como el marfil, de amuletos y escapularios, y la cartera de piel de Rusia preñada de laminitas, de vírgenes lindísimas, de capitosos queribines de eucarísticas plasticidades, rubias como onzas; a presidir la cofradía de Jesús flagelado en la columna, hacerse sangre las rodillas junto al severo tribunal de un confesionario, como llamaba a estos artefactos Sor Juana Inés de la Cruz, la mística golondrina de las faldas frígidas del *Popocatepetl;* o a pautar el rítmo de nuestro pequeño gran mundo social y frívolo, después de haberse desayunado con un par de sapos, como aconseja Madame Chamfort.

Solo le preocupa una cosa: la muerte, y también la manera como debe ser guardado para siempre.

—Deséo, me dijo una noche, con mayestática solemnidad, tàl como si le dictara a su Procurador o a su Notario, puestas las manos femeninas y pálidas como dos patenas de aluminio, manos bellas delicadas y perfectas como las de César Borgia, sobre la copa de Champagne, porque era una noche de vinos, moluscos, crustáceos, salsas afrodisiacas y otros placeres mórbidos y complicados; deseo, me dijo, con cruel regocijo carnal, morir cuando todas ellas hayan muerto, y reposar, para *in aeternum,* en un sarcófago tallado en maderas preciosas, que sea a manera de un *acúbito* roma-

no, de profunda e indiscutible comodidad.

—In puribus?....

—Nó, me contestó, llenos los ojillos tagalos y centelleantes, de un cinismo encantador; nó, envuelto en mi batín azul, calzado con sandalias de púrpura ilustradas de amatistas, rodeado perennemente de aromantes turíbulos y flamígeros lampadarios, coronado de pámpanos, de rosas y de canas como el viejo fauno Anacreonte; teniendo por cabezal su *último billete impregnado de Coty* —(billete que bien puede ser de una ninfómana, de una lesbia, o de una calimántica Condesa de Gamiany; de una hermanita de la Redención; de una jamona de hermosura mística y suculenta; de alguna diablesa del diabólico Barbey D' Aurevilly; de una funambulesca bailarina rusa o de alguna histérica y hermafrodita cultilatiniparla); mi tratado de sutiles y exquisitas cortesanías, que es un rico incunable de la época del munificente y piadoso Quirite Mecenas, y mis breviarios favoritos: "Kempis", "El Príncipe de Maquiavelo". "El Marques de Bradomin", de Don Ramón del Valle Inclan, el mas docto refinado y lúbrico cabrón de España, y mi *vademecum*: "El Arte de Amar" de Publio Ovidio Nasón.

Quiera el Altísimo que su deseo se cumpla, porque es un justo y estimable deseo; pero, mientras llega del Vaticano su *santa beatificación equi-*

potente, tan necesarias al alma de este Don Juan Tenorio Jr. ilustre pirata de almas y de cuerpos de la romántica ciudad de Santo Domingo de Guzmán, y la hora dolorosísima de derramar las lágrimas rituales que han de humedecer la tumba del más gentil y distinguido de nuestros *croniqueurs*, roguemos al práctico Mercurio y a la fecunda Dioni, madre universal de todas las Afroditas, madure para su hucha, frutos *d' argent contant*, que tan necesarios son para su buen vivir.

Nadie mejor que yo y Juan Pablo —su cochero— conocemos este super-urbano, mundano y pontificio Jacinto Silvestre; hemos sido sus más íntimos camaradas y sus más desconfiados confidentes, y también sus eternos y resignados Cirineos, al peso de dos cruces: una, la de sus pluriformes y arquitectónicas fantasías eróticas, y otra, toda llena de punzantes y crueles espinas.

(1) "De Domingo a Domingo", es un manojo de cintas polícromas, que se deslíen y se tienden de Domingo a Domingo, como venenosas y sonoras serpientes de cascabel: léala, Señora; y lea también, yo os lo agradeceré, esta *fotopsiquis*, escrita como aconsejaba Tácito en sus "Anales", que se escribieran los acontecimientos y las vidas de los santos varones: *sine ira et studio*.

(1) Este trabajo corresponde al prólogo del libro de Jacinto Silvestre próximo a publicarse, intitulado "De Domingo a Domingo".

Neurosis de Cristal.

Tres prólogos he cometido la debilidad de escribir desde que, obedeciendo a mis espectros azules, cambié el caducéo y la balanza de *Hermes por la Cebra azul de Ariel*, que más de una vez me ha volcado en recios atascaderos de complicadas inopias.

El primro lo escribí para un rebelde, valiente y sincero; para un noble y generoso amigo que hace tiempo —y a destiempo— le dió las nueve vueltas rituales a la laguna sombría, rumbo a las fauces inexorables del Aqueronte, para nunca mas volver. Para un visionario cargado de ensueños, de espejismos libertarios, de nihilismos, de malvadas y perturbadoras filosofías nórdicas, de los filtros inquietantes del desdichado profesor de *Basilea*, y los filtros rojos de Stilners, de Bakounine, Kouropatkine, Gorky y demás mandibularios mos-

covitas que destriparon al monje lúbrico y feroz de Rasputine, y abollaron para siempre, a orillas del *Neva* glacial, la corona y el cetro de los últimos descendientes de Iván el Terrible, y en la aldea de *Ekaterinenburgo*, enclavada en las vastas y vengativas estepas, le trituraron a balazos el cráneo y la médula roida por el tripanosoma pálido, al omnipotente y divino idiota Nicolás Romanoff, dueño y señor de todas las Rusias.

El segundo, para un simulador de oficio, para un pseudo-panfletista que exprimió, para él, de mis sinceridades y de mis adjetivos másculos y casi mortales, por el veneno fulminante y la fuerza con que los lanzó mi arco de sagitario indignado y colérico, una canongía grasosa y bien salpimentada; y para mí, una persecución inexplicable y bárbara, un grillete que me sangró las tibias, y el odio más hotentote y seoz de parte de aquella satrapía bituminosa que había descendido de los intricados breñales norteños, de aquel despotismo iscariote y cuartelario, que, ebrio de crímenes, de vejámenes, de traiciones patricias y de rapiñas, haciendo ostentación brutal de sus colmillos y sus garras ensangrentadas, y almizcladas pelambres de bestias carniceras, se trepó en la ridícula tarima del pretorio de la ya, para entonces, pseuda-República.

El tercero lo burilé con entusiasmo y amoro-

so interés para uno de nuestros más jóvenes y cultos letrados, el cual prólogo, por una perdonable debilidad mía, y una casi imperdonable debiildad de él, lo colocamos después del índice su libro. En resumen: una satisfacción, un perjuicio y un desprecio: una rosa de fragante devoción y dos orquideas venenosas. Pero tal cosecha, no ha esterilizado la gentileza feráz de mis pensiles, ni ha decapitado mi bondad saráfica y mi resignación fisolófica, porque para eso aprendí, hace tiempo, en el "Diario de Amiel" —que no es una brizna del pensamiento humano— que Napolen con los brazos cruzados sobre el puente del Belerofonte, es más expresivo que Hércules, furioso, blandiendo en el aire sus atléticos puños; y con el opulento y profético emperador Darío, *que el Dolor y la Fatalidad tienen diversas denominaciones, y rigen la vida del hombre, desde el espermatozoide a la podredumbre,* del riñón paterno al sepulcro.

Ya está Ud. complacido, mi caro y complicado poeta; aqui tiene el prólogo que convinimos, moderno, de cinco pulgadas de longitud a lo sumo. Ahora, bien está, que prepare convenientemente las antipodas gluteas de su rostro varonil y simpático, con sendos y piadosos apóitos de éter, morfina u otro anestésico, para soportar las cuchilladas y cauterios de la crítica ilustrada y do-

nosa, y de los cacoquimios de la crítica, una especie de diablillos microcefálicos y simiescos, que atacados de coprofágia y coprofília, se entretienen en lanzar esputos retóricos, para solaz y contentamiento de las piarias docentes, de los viejos buhos estériles, artríticos enemigos irreconciliables de todo brote nuevo, raro y harmonioso; y unas bolitas que son la antítesis del ámbar, y que al petrificarse, pueden romper —porque manejan la honda con la crueldad y precisión de un legionario de las encantadoras islas Pituisas— la dorada y frágil vitrina donde el poeta, con suma curiosidad y suma audacia, muestra sus primogénitos malabarismos teratológicos, las mentas de su quintaesenciada neurosis psico-cerebral en pomos laboriosamente cincelados, o los aterciopelados estuches de sus plateados bombones cubistas y abracadabrantes, muy propios para endulzar los menús peptonizados y el paladar invertido del histérico y artificioso, del aberrante y desdichado Duque Des Esseintes, los galimatías de su nieto Monsieur Phocas, o el agudo esplín que debe estar sufriendo en el Olimpo, el satánico Conde Lautreamont y el funambulesco morfinómano Julio Herrera Reissig, a quien idolatra el poeta, de una manera asáz peligrosa, para su independencia y su futura gloria.

Por otra parte, quiero que se comprometa

Ud. formalmente, a no trocar sus montañas, tan magestuosas y harmónicas, sus arroyuelos musicales, sus verdegales praderas cargadas de odorantes limoneros, los tirsos de virginales azucenas, y las gavillas de campánulas, amapolas y mirtos que sangran en las candorosas manos de las encantadoras muchachas de su pueblo natal, las tardes de doctrina, y en los anocheceres de jocundas novenas; a no cambiar su plácido y sencillo *San Cristóbal*, donde el almo sol nace y muere prolífico, benéfico y venerable como un Sultán; ese San Cristóbal que a pesar de estar principiando a untarse de una civilización pecaminosa y ridícula, es un refugio propicio a la sofrosine y a las digestiones abstractas del pensamiento; a no dejar —y esto es lo más importante— la fulgurante y funambulesca mirada de la sobrina del Vicario, por venir a nuestras ágoras, cenáculos y pórticos, ciénegas perfumadas, grávidas siempre de sapiencia infusa y difusa, donde no devengará Ud. ventajas, pero si encontrará mas de un vanilocuo, y de un parásito simpático, de maligno snob, que con sorprendente y pérfida virtuosidad florentina, le zampe en la transparente alberca de su alma, un sapo asqueroso y repugnante, que además de corromperle la linfa cristalina, le marchite los mas azules lises de sus ensueños primaverales, y sus entusiasmos ingenuos y muy plausibles o que a

fuerza de hacerle oler tanta pintura negra, amarilla y verde, le proporcionarían un derrame bilioso, o cuando menos un cólico saturnino, y esto es muy peligroso, amigo mío, mientras no se llega a esa serenidad alejandrina, y a esa discreta voluptuosidad pirroniana en que me adormezco aspirando a una relativa entelequia, sin contrariar las saludables exigencias del instinto, como me parece que dijo, a propósito de los estoicos y otros virtuosos, sin alma y sin movimiento, la encantadora Ninón de Lenclos, la más rica flor de voluptuosidad y harmonía que aromó la época bella y galante del Rey Sol.

Reliquias históricas de la Española.

Yo siento por los libros y por las ruinas arquitectónicas una devoción sagrada, un profundo respeto. Los libros guardan entre sus páginas, y las ruinas en sus corroídos vestigios, el pensamiento, el dolor, la alegría, el esfuerzo y el alma, por así decirlo, de las generaciones dormidas para siempre.

Ningún refugio más propicio, ningún paladión es más miserecordioso para el hombre que tiene alas en el pensamiento y en el alma, para aquel que tiene urgencia de soñar, que una ruina arquitectónica o un libro.

A la sombra de los desmantelados arquitraves, junto a los fustes truncos y los carcomidos capiteles de las venerandas ruinas de este Santo Domingo de Guzmán, he evocado, con orgullo, la

grandeza, las audacias y heroismos insólitos de mi noble y fuerte estirpe conquistadora y civilizadora. En su regazo pétreo he podido soportar, con estoicismo, con viril resignación, la garra de la moderna *bestia hiperborea*, el chasquido de la tralla de los aureos mastigóforos cartigeneses. Bajo la comba de sus bóvedas asonoras he visto los geroglíficos de los insaciables vampiros y la luna dormida en las finas metopas.

"Reliquias Históricas de la Española" es un bello cofre histórico cincelado por la docta y ágil pluma del distinguido hombre de letras Don Bernardo Pichardo. Es un libro de exaltación, de verdadero civismo, de estímulos, necesario, casi urgente, si es que nos detenemos a pensar en la urgencia que hay de recostruir ahora, el pasado. Este libro es un bosque de gigantescos pinos seculares, que derramaran por lejanas tierras fraternas sus fuertes notas, todo el acervo de nuestro pasado glorioso; las huellas de las garras que dejó el viejo león íbero, del padre león redivivo, cuyo riñón prepotente derramó su simiente en este vasto mundo americano: floración de cachorros que firmes en sus jarretes sobre las pampas ardidas por el sol, en las selvas venenosas, o en los tumultuosos rios, indignados, enfurecidos, acechan la marcha rampante de las águilas nórdicas.

Este libro es noble, preciso en el recuento cí-

clico, despojado de malsanas inveracundias, sincero, tal como lo impone su espíritu; despojado de exajeraciones impertinentes, templado, pero sereno, como si el autor se hubiera empeñado en cumplir el consejo del divino Horacio: mezclar el vino de *Chio* con el de *Falerno*: el mosto suave con el mosto fuerte.

De los capítulos que ilustran las *maquettas*, me encantó el del destartalado Monasterio de San Francisco; el de la desgraciada Basílica de San Nicolás, pasto de mandarines brutales y rapaces; el del Convento de los Frailes Domínicos, bajo cuyo domo solemne, se libró la primera batalla del derecho humano contra la injusticia humana; porque sabido está, que desde el ambón de ese templo inmortal en la historia del derecho en América, el verbo candente y másculo de Fray Montecino, trémulo de indignación, increpó al Virrey y a su corte mórbida y cruel, y frente a sus bortareles potentes, empotró, el pérfido, el rapaz, el cruel Nicolás de Ovando, pantera hemofílica nacida solamente para beberse la sangre de los desgraciados indios esclavos, el suplicio, la horripilante y despiadada maroma de cuyo ápice pendió el cuerpo estrangulado de la dulce, de la bella, de la armoniosa alondra y reina de Jaragua, y del noble Cotubanama.

El que ilustra el Castillo de "Haina" y "San

Gerónimo" antemural glorioso, palestras donde el patriotismo militar y el valor mostraron con tallas dignas de "Ilion", de las Termópilas y Maguncia.— El de "San Miguel", la iglesia con la cual pretendió el malvado avaro Don Miguel de Pasamonte abrirse las puertas del Paraiso, es un magnífico estudio psicopático, donde resaltan con amargos y firmes relieves las taras morbosas de este hombre complicado y sombrío; ese capítulo me ha dado la sensación de una de esas antiguas armaduras de suplicio, que lo mismo sirve para estrangular un malvado del pasado, que a un malvado del presente.

"El Cercado"!! al leer los últimos trenos de esta oración de dolor, de este ex-voto a nuestro máximo epónimo Francisco del Rosario Sánchez, sentí que mi alma caía en un ritmo de perfección y se decidía al sacrificio; cerré los ojos y vi —justa y oportuna visión— a Sánchez, a Mella, a Bolívar, a Washington, a Martí, a Temístocles, a Milciades, a la falange sagrada de la mañana de Platea, mostrando al sol del Derecho, los escudos, las espaldas y las lanzas retadoras y libertadoras.

"Reliquias Históricas de la Española", en edición principesca, es un magnífico breviario de Clio que prestigia nuestras letras y que llevará por el mundo, como el eco vibrante de un heraldo sonoro, la alteza y virilidad de nuestra raza.

Para el califa paranoico que destruyó la biblioteca del viejo y sagrado Nilo; o para el jefezuelo inconoclasta, mercurial y deshonesto; o el dedalida inconsulto que derrumba un templo o una columna armoniosa, mi odio inexorable y oceanico desprecio.

Mensaje.

La vejez como la mujer, ha dicho el ilustre filósofo norteamericano Ralph Waldo Emerson, necesita siempre de apoyo, porque es una gran desgracia y un gran inconveniente para la vida.

Cansado, pero útil, sería analizar aquí los motivos éticos en los cuales se afianza, como en un plinto de granito, este bello y alto canon de filantropía del trascendental profesor bostoniano; pero no obstante, repetiremos ahora, por considerarlo muy oportuno, que este sentimiento como el de la piedad, era para los griegos un blasón de Estado; y tanto es así, que las yeguas y demás bestias que acarrearon los materiales con los que se levantó el solemne y armonioso "Partenón", y las que condujeron sobre sus lomos las piezas de marfil y de oro que debían servir para cincelar la eurítmica y protectora "Minerva Atenea", y que mas luego guardaría como divino tesoro el "Erectión", fueron consideradas sagradas, y tenían el privilejio de pastar libremente en los campos y jardines de la muy noble ciudad de Ateneas, úni-

ca en el mundo antigüo en cuyo centro elevaron una estatua a la Piedad, tan perfecta y sincera, que al contemplarla un viejo General esparciata, rompió a llorar. Más aún: el perro que nadando junto a la flota de Temístocles, acompañó a Jantipo hasta las revueltas y gloriosas aguas de Salamina, fué sepultado en un promontorio como un justo homenaje a su lealtad.

Ahora pienso: sobre qué hombros soportaría Grecia, Esparta y Roma el dolor de sus respectivas vergüenzas, si hubieran permitido que las esposas de Aristides, Pericles, Leonidas y Epaminondas, el ilustre estratega de "Leutras" y "Mantinea", hubieran mendigado andrajosas a orillas del "Eurotas" o en los suburbios de Atenas? I qué de las de Escipión, Fabio Máximo y de Cornelia, la madre de los gracos, si hubieran vagado como grandes leonas nostálgicas, desmelenadas y hambrientas bajo los pórticos del Capitolio romano, o echadas como alimañas, enfermas, junto a las cloacas de la ciudad cesárea a la que dieron tanto esplendor con sus raras virtudes? Dónde pondría hoy el rostro la patria de Céspedes, de Julián del Casal, y la del socrático Eugenio María de Hostos, el perfecto por la armonía del pensamiento y del alma, y cuyos venerables despojos guardamos con avaricia y orgullo, si la Fatalidad, esa diosa implacable, hubiera llevado a Balbina, la

compañera estoica y leal de Francisco del Rosario Sánchez, el máximo varon de nuestra Patria, y en una de ellas hubiera muerto de indigencia? Más, no hagamos hipótesis dolorosas, no acumulemos sombras sobre sombras!

La ilustre matrona Doña Simplicia Jimenez Vda. Betances, no es puertorriqueña, ni cubana ni dominicana, es antillana; es una reliquia que ha sobrevivido como un miraculoso designio de la Providencia, para que pueda contar en las alturas todo el acervo de nuestros dolores, y todo lo cruento e injustificable de nuestra desgracia.

Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo, trébol de martirio, anfictionía indestructible por sus irrevocables aspiraciones, por su ritmo arielano y su amargo concatenamiento; hermanas siameses venidas del mismo riñón neméo y plasmada en la misma matriz castellana, no pueden permitir, por tales virtudes, que termine sus últimos días, la que fué esposa del gran Betances, sin rodearla de un bienestar, humilde si se quiere, pero cónsono con el tumulto de sus años, de su exquisita educación y rara sensibilidad.

Convencida de su próxima descomposición, ha llegado a orillas del Ozama en busca del bordón que la sostenga, dignamente, hasta el borde de la tumba, que ya la aguarda. Llévame le dijo, en Puerto Rico, bañado el rostro senil de amargas

lágrimas a Don Ernesto Pagan y Rosell ex-representante de la Cámara de aquella tierra fraterna y Caballero de la Raza por la bondad de su corazón y la munificencia de su mano, llévame a Santo Domingo donde no me dejarán perecer, porque aquella es una tierra generosa que ama y respeta la memoria de mi inolvidable Emeterio y donde he ordenado que reposen sus cenizas y las mías.

Tales palabras, compatriotas, es un elogio, talvéz inmerecido, pero sí un solemne compromiso de honor. Los que se sientan dignos de llamarse antillanos, y hombres civilizados en el más alto y perfecto sentido del vocablo, quedamos obligados a jurar ante los altares de nuestras Patrias, que haremos efectivo el presentimiento y sentimiento de esta matrona nonogenaria y valetudinaria, y con ello, después de haber cumplido un sacratísimo deber, al congratularnos con los venerandos manes de nuestros Epónimos mayores, habremos conseguido la consideración de las generaciones futuras, y sobre todo el respeto y el agradecimiento de nuestros hijos, agradecimiento y respeto, que por una imperdonable indiferencia, muy bien puede transformarse en un crimen moral y material que manchase para siempre nuestra memoria.

Yo sé que el Ilustre Cabildo de la ciudad de "Cabo Rojo", guarda bajo sus naves los restos mortales del Dr. Ramón Emeterio Betances, el

hermano de Baldorioty, de Martí y Luperón, y que todo Puerto Rico tendió con espontánea premura su óbolo para la adquisición de los blancos mármoles, que tallados armoniosamente, para siempre han de cubrir sus ínclitos despojos; pero es un error o una vanidad de los hombres pretender reverenciar la memoria de los verdaderos representativos de los pueblos con estrepitosa y ridícula balumba de pórfidos y bronces.

Yo no quiero creer, que haya mano puertorriqueña que se tienda en ceremoniosa espectaculación para arrancar la hopalanda que ha de cubrir mañana el monumento del Ilustre Doctor Ramón Emeterio Betances, mientras llora por playas lejanas, indigente y trashumante, la viuda del Prócer a quien desde ahora, por sus virtudes conyugales, llamaré, simbólicamente: Simplicia Andrómaca.

Que se pongan en pública subasta los mármoles pentélicos y los bronces florentinos; que se queme la osamenta del perínclito puertorriqueño, con eso le haríamos exequias griegas dignas de su ritmo, puesto que la Historia ha tallado en sus páginas, en altos relieves imborrables las ejecutorias de este varón prestantísimo condigno de los Duartes, de los Fabricios y los Catones, pero no permitamos que perezca acosada por el hambre y la miseria su ilustre e inmaculada compañera.

La cabeza de Monsieur Faure.

Cuando penetré en la estancia del gentilísimo y refinado esposo lírico de Madame de Cheminade, el vientre de un pequeño elefante de marfil, echado sobre la rica mesa de sándalo, marcaba las cuatro de la tarde.

Ah! exclamó el fraterno camarada, abriendo los ojos negros, húmedos y trasnochados, mientras se le derramaba una sonrisa que iluminó su rostro tártaro y simpático.

—Seguro que vienes tras la "Cabeza de Monsieur Fauré". Siéntate, y aguárdame un instante; y después de desperezarse como un felino satisfecho, entre los espesos y lacteos almohadones del lecho, se incorporó con la lenta magestad y sibaritismo conque un Sufetta abandona su baño tibio y perfumado.

Un rico maletín de piel de cocodrilo mostró una repugnante promiscuidad de cartas, facturas, giros, planos y rancias escrituras de complicados latifundios, que él rechazó con notable indignación, con la repugnancia que se siente por una alimaña despanzurrada, murmurando: esta es la guarida del insaciable horripilante y cruel Mercurio, *aux pieds nickelés;* Monsieur Fauré está allí, en la piel de rusia.

Luego ví correr por los labios de Monsieur Fauré la verdad, el dolor y la belleza, como corren las linfas del Aqueronte, límpidas, serenas y crueles. La decepción, la experiencia —esa amarga cicuta de la vida— saltaba del viejo corazón del filósofo, corazón de bronce, que yo sentía marchar al conjuro del culto y sincero evocador, para destilarse por los labios sensuales del poeta cirenaico, y me decía: pobre estrella perdida en la inquietud tenebrosa de las tempestades interiores.

Realmente, el discurso de Monsieur Fauré a su ático discípulo es en la obra, a manera de esos leones de gestas amenazadoras que en actitud rampante, se tienden, custodios, en los vestíbulos de los palacios babilónicos. La fuerza de los pensamientos, los múltiples y sólidos consejos se traban con la petrea firmeza, y se elevan con la magestad sobria y severa de las ofrendas faraónicas que ilustran las movibles y candentes llanuras

egipcias: es la clava de Hércules dejarretando a la implacable fiera neméa.

"La Orgía... Que orgía!!... Inutil sería remontar las pútridas corrientes que nos llevasen a Nínive, Babilonia o a las no menos turbias de otras edades más próximas, para encontrarle émulo a esta fiesta hiperestésica, de nobles vinos, de ricas púrpuras de rosas y de hembras; de hembras fuertes como las potrancas de que habla Virgilio en sus Geórgicas, que dominan y vencen en los muelles y regios triclinios, báquicamente perturbadas, a las núbiles doncellas, y donde los efebos, ágiles y armoniosos como las columnas de un peristilo corintio, brindan en cincelados vasos o armoniosas ánforas, añejo *Cécuba* o dorado *Mariótida*, espumosos y turbadores, a jóvenes y viejos filósofos estoicos, eclécticos y alguno que otro *socrático*.....

En esta fiesta, no hay liras ni flautas, aquellas reposan mudas, con los ebúrneos plectros dentro de los estrechos vientres. Necesitamos armonía, pero la armonía del silencio; que las curvas y los perfumes suplan las dulces vibraciones de las cuerdas, y las quejas melódicas de las cañas; que los anhelos sean tímpanos y crótalos, ordena el exquisito discípulo de Monsieur Fauré, y que a mi se me antoja nieto del exquisito Petronio o del desdichado *Duque des Esseintes*. I cuan-

do la claridad de la aurora principiaba a profanar la penumbra de la regia mansión donde se daba la extraña y miraculosa orgía; cuando las flamas de los aúreos candelabros principiaban a agonizar y las columnas de humo de los pebeteros moribundos lamían, por última vez, las finas metopas o se enroscaban en los fustes de las columnas, le dí un abrazo al apostólico y decepcionado, Monsieur Fauré y otro a su maravilloso discípulo, murmurándole al oído: realmente, si ahora no te coronan, como Eunice coronó a Petronio, con rosas, pídeme un sillón en la Academia de los *sinapotumenos*.

La testa de Monsieur Fauré ha dejado en mi espíritu una huella honda y perfumada. Este último libro del escritor Rafael Octavio Galván y Velázquez, el esposo lírico de Madame de Cheminade, será celebrado, dentro y fuera de nuestra República literaria, como el advenimiento de un porfirogéneto, o como la entrada triunfal de Julio César en la augusta ciudad romulea.

Diapalismo y Postumismo.

Por don de ubicuidad, he asistido, en dos islas bellas y tristes, a dos fiestas extrañas.

Con el mago miraculoso Diego Padró, asistía a una fiesta de "Fugas Diapálicas", *mientras huía el crepúsculo por la avenida, como un lento fantasma silencioso.*

—El Mago, mientras la *noche fakírica desmentía la teorización* de los colores, ordenaba a los entes reclusos que comenzaran la música de siempre: cadáveres de notas en el aire. Un buey ensayó su contrabajo. Se quejó un fagot. En una gruta encantada, soplaron los tritones sus torcidos caracoles cosechados en las playas solitarias. Bramaron las marimbas de los surtidores y fontanas. Viejas brujas, escapadas de algún sábado abracadabrante, a horcajadas en escobas,

haciéndoles contrapunto, a los secos cascabeles de las musicales y venenosas serpientes que se arrastraban paulatinas, lentas, en los enarenados parterres. Sonaba un triángulo que afectaba idéntica forma que aquel que vibra en el anca de Astartea. Un arpa, un violín con sordina que tocaba el virtuoso Nicola Paganini, mientras pasaba Lorelei seguida de una escolta de rubias y trágicas Walkirias, barbados y sanguinarios dioses escandinavos y fieros lansquenetes. Luego, me obsequió con una caza, con una real cetrería; palaciegos ilustres de suntuosas casacas, y armoniosos y repujados olifantes, cabalgando en nerviosos bridones que escoltaban jaurías de ágiles lebreles. Una montaña formada con la cornamenta de ciervos cobrados, y esplendorosas pieles de panteras y leopardos asesinados a mansalva. Un alto en tierras candentes y fecundas como la matríz de una negra, y bajo la púrpura de su tienda, el Rey de Hotentocia obsequia al Mago de Borinquen, la encantadora, con una fiesta lúbrica y sanguinaria: hombres feos y corpulentos como gorilas, y hembras mandingas estrepitosamente enjoyadas y apenas vedados los ríspidos sexos con estrechos taparrabos de incultas pieles de lince, bailaron furiosas y se acoplaron como fieras en brama, al son de los parches de hipopótamos. Un sacerdote sin entrañas pasó a filo de cuchillo a

una piara de nodrizas de senos y ancas duras y negras como el basalto. La reina de Hotentocia inquieta y armoniosa como una cítara de ébano, le regaló al Mago de Borinquen, un arco y un manojo de flechas envenenadas, para que les partiera el corazón a aquellas que se empeñaban en esclavizar su patria, su isla de oro, tan triste y tan bella.

En la "Colina Sacra", ese calvario del albaicín democrático y libertario de Villa Francisca, cima rebelde desde la cual el mago pontífice Moreno Jimenez, pretende, como el sacerdote de la fiesta de Hotentocia, pasar a cuchicho la vieja estirpe goda del verso y la prosa castellana, he asistido a la más formidable audacia, al bautizo de la "Capilla Hortensia" especie de acrópolis Olímpica desde la cual el Júpiter tonante y sus demás corífeos fulminan a golpe de rayos líricos y rimbombantes descargas de crítica eléctricas a las divinidades mayores, que en acrobacia funambulesca, rumian en el llano capitolino, aristocrático y autocrático, sus viejos y desvahidos floripondios lírico-mentales.

Después de la consagración pontificia, mientras la basílica lírica resplandecía congestionada por la luminaria mental de las representaciones de la última y penúltima generación intelectual de nuestra república literaria liliputiense, un asistente al solio, impregnado de los encantos esoté-

ricos de la sacerdotisa Hortensia, promulgó los sagrados evangelios de Moreno Jimenez, evangelios que han de regir el presente y el futuro apolónico; *las tablas de los vapores* que él considera como el más definitivo, novenoso y panclástico ariete del pensar y del sentir humano; el manifiesto real y definitivo, el plano básico en el cual se apoyan los *pioneers of the postumismo*, para seguir colocando sus piedras miliarias, y tender sus puentes de armoniosas quimeras.

—El Postumismo decía el mirífico acólito, es amétrico; su acento final obligatorio contribuye a imprimir gran fuerza de expresión, acento producto de la emoción del poeta, emoción que no debe confundirse con los acentos rítmicos que a veces crean las pautas intencionales.

—Las mil facetas de la creación artística ofrecen miles caminos al pensamiento, a la acción y al ensueño.

—El Postumismo tiene una lógica, la lógica del impulso, del instinto, que sucede a la lógica de la razón.

—Su música es la de sus ideas tangibilizadas; su campo de armonía tangible es vestidura natural de los pensamientos, ideales e intenciones del artista.

—Los poetas postumistas miden con cintas

interiores, el presente, el pasado y el infinito, y no con los teodolitos.

—*Nosotros* somos los informulados, y *ellos* los formulados. *Nosotros* miramos allá muy lejos, y *ellos* aquí, muy cerca. Para nosotros, las ideas, los instintos y emociones, surgen de las palabras, las imágenes y las cláusulas. *Nuestro* arte, es un arte en el cual las fuerzas exteriores, o formales, están a expensas de la inspiración, del temblor celeste, de esa divina locura interior, que es el único crisol en el cual se pueden fundir los metales, para forjar las armoniosas medallas y los potentes escudos invulnerables y perdurables.

—Las cosas no son lo que son, sino lo que nosotros queremos que sean.

—Nosotros no somos esclavos de la armonía, sino la armonía es nuestra esclava. Las imágenes y las intenciones del poeta de hoy y del poeta de mañana, deben de surgir del propio espíritu del aeda, tal como brotó la armipotente Minerva del casco de Júpiter olímpico; libre, enteramente libre.

He aquí los evangelios de fuego, recogidos de los labios indignados del heraldo vicariante; y si tales evangelios son sinceros, ya que la *sinceridad, después del amor, es la única manifestación humana digna de encimarse al constante rebullir del*

barro traidor; si siguen sembrando sin observar de cual lado sopla el siroco africano, maligna y pestilente, haciendo como las nubes, que al cargarse, derraman sobre los surcos propicios la lluvia prolífica; si retiran las moscas que caen en sus redomas esenciales, para que no dañen sus perfumes. Si en ellos perdura el conflcto del alma con las vísceras inferiores; el culto a la sintaxis y prosodia interior, rítmica y polifónica; tiemplan siempre sus clavicines; sin detenerme a analizar las diferencias esenciales discutidas por Aristóteles, Platón y Dionisus de Alicarnaso, Kloptock, Leopardi, Carducci; ni en la sexualidad de la *rima* y el *metro* según el sentir epigramático de Quintiliano. A pesar del inexorable apotegma del voluptuoso abuelo de Schopenhauer, del cruel *nil novi sub sole;* de su marcada megalomanía lírica; de su impertinente y ridícula egolatría; si cosen las agugeras de su púrpura, a través de los cuales asoman su orgullo de modernos Antistes del arte, yo les seguiré admirando, aplaudiendo y respetando; y hasta es muy posible que le ruegue a Apolo, para que no los sentencien, cual otro Temprando, a saber la amarga cicuta, ya que como el audaz músico de *Lesbos*,. este triunvirato apasionado, desdeñoso y rebelde, *se ha permitido la audacia de romper la encorgadura del viejo y sagrado tetracordio castellano,* y el de consagrar una capilla

para ellos, solo para ellos, tan groseros y cruelmente combatidos por los corifeos de una crítica asalariada, histrionesca, pedante y pedagógica, *que por haber descubierto que tenían dos ojos y dos orejas,* se creen con el derecho de juzgar, insolentemente, las cosas estéticas, como dijo el coloso de Bayreutti.

Estalactitas.

Todos, o casi todos, conocemos a Horacio Blanco Fombona, el Director de "LETRAS", la revista más mental de la República: he dicho la más mental, y no la más plástica y bonita.

La vida de Horacio Blanco Fombona, nos la sabemos de memoria, y estamos obligados a respetarla, porque es una vida llena de silencio creador, de torre de marfil, y de torre de bronce, que es la más difícil de vivir; vida de gran utilidad para nuestra Patria, la que él ama y respeta tanto como a su propia Patria.

Nunca le he sorprendido haciéndole zalemas a los césares autóctonos, ni a los modernos césares cartagineses; él no sabe del requiebro mórbido del cortesano, ni del deliquio de la meretriz; es púgil, nació para la palestra y el gladio, de ahí su

desprecio por las piruetas del bufón, y los deliquios del gineceo.

De aristócrata y orgulloso le han tildado, como queriéndolo macular; y en el alto sentido de los vocablos, si que lo es, porque él tiene derecho para serlo: cultiva con amor y respeto, su ritmo másculo, mental, ético y estético; hay, además, apolillados pergaminos que rezan que un Lucio Munacio Plancus, cuyas hazañas cantó Quinto Horacio Flaco, fué Teniente de César y procónsul romano en las Galias y en España; que un Fombonus de ayer, de rancio abolengo, en tierra de Pelayo, fué grande, digno, enérgico y disciplinado señor, de donde son originarios los Fombonas de hoy.

Como poeta, el maestro nórdico ha dicho:— Me parece ver en él, el predominio de la idea, del pensamiento, de lo que constituyen íntima proyección intelectual sobre accidentes formales de expresión artística y de convencionalismos poéticos. I agrega, "Parece más un cerebral que un sensitivo".

—Parece, nó, maestro; Fombona es un cerebral definitivo, con intermitencias sensitivas, escaso de cuerdas, de cobres y de parches.

De su libro de versos, pronto a aparecer, y que él intitula, parnasianamente, "ESTALACTITAS", como si dejera filtraciones de pensamientos y de sinceras sensaciones, que se han petrifica-

do en tonalidades bellas en las grutas de sus jardines íntimos y herméticos; libro que García Godoy considera varonil y aconseja ser leído por aquellos que tengan espíritu culto, proclive a las cosas bellas, fuertes y nobles, sólo conozco a "ORACION", que no es tal oración en el sentido místico o ascético del término, sinó más bien una voluptuosa sinfonía, muy propia para deleitar a un Aristipo, aun Alcibíades, o a Cayo Petronio Turpiliano, Procónsul de Bitinia.

En "VELA", muestra el poeta un sinsabor recóndito, casi oculto, que yo no trato de conocer, para no pecar de indiscreto.

"LAS MANOS DE LA AMADA", que aseguro son las manos de líneas más aristocráticas, de palidez más soñadora y más crueles de esta ciudad romántica de Santo Domingo de Guzmán; y digo crueles, porque éllas han tejido, con sabia y dulce virtuosidad espiritual, las cadenas que aprisionan bellamente y para siempre, el alma soñadora del culto y fuerte autor de "ESTALACTITAS"; es una composición para Cortes, digna de ser recitada en una noche de fiesta galante del "Trianon" o en el palacio de un Dogaresa.

"ALTA NOCHE DE LA SIERRA", es un poema de perfecta armonía imitativa, de espléndido colorido, de minuciosos detalles, noche vivida con tanta lealtad, y con un ambiente típico tan

exacto, que al terminar de leerlo, en una de esas noches coloniales, llena de luna y de fuerte verano, sentí la necesidad urgente de ensillar mi macho de muelles pasos, para cruzar, a trote corto, bajo el conticinio de la noche cargada de luminaria celeste y de misterio, por las calles anchas, rojas y polvorientas, solitarias y enigmáticas de uno de nuestros villorios, insultado por los tercos ladridos de los perros famélicos y noctívagos.

Crítica?..... yo no he hecho crítica, porque yo no puedo ser crítico ni exégeta; para lo primero me faltan vértebras; para lo segundo o me falta tiempo o me sobra imaginación: detesto los cronómetros, adoro el "Pegaso", la mariposa y la onda.

En fin, terminemos yá, porque *la brevedad es lisonjera y mejor negociante. Lo bueno, si es breve, es dos veces bueno, y aún lo malo, si es poco, no tan malo,* ha dicho el magnífico, laborioso, Baltasar Gracián; y un exquisito, alto y sincero liróforo nuestro: todos los poemas del libro "ESTALACTITAS" de Horacio Blanco Fombona, forman una noble sinfonía sugerente, cargada de sorpresas: y esta opinión hay que respetarla.

Una Caricatura.

La caricatura es la vida misma, desnuda, escueta, vista a través de una lente de observación, de una lente clara, precisa e inmisericorde, para sacar a flor de línea, lo risible que duerme oculto en el alma de la humanidad, ha dicho nuestro intenso crítico "Tik-Nay".— Agregaríamos, en el alma y en el cuerpo; lo risible y lo triste; el dolor y la huella del dolor; la pústula, o la cicatriz de la pústula.

El caricaturista Carbuccia se ha convencido de que es preciso estudiar, que hay que ejercitar la vocación y el talento, tal como se ejercitaba el discóbolo para lanzar con precisión el acerado disco en la olímpica palestra, y el púgil, para transformar el músculo mórbido, en máquina estranguladora. El caricaturista Carbuccia, lucha,

se empeña en corregir su hiperestesia artística-gracioso estigma, blasón patológico del talento—; se empeña también en aventar la mecanización, que tanto me repugnaba, de sus primeros trabajos: repugnancia que yo guardaba discretamente, en la confianza de que tenía que desaprecer, como casi ha desaparecido.

Su lápiz, entrando ya en disciplina, trata con reposo, creando, con relativa libertad y técnica liberal, estimables críticas. Esta vez ha sorprendido al distinguido profesor venezolano, en íntima francachela, despojado del bastón cuatriboriado y de la blanca y severa toga hipocrática; lejos de los crueles y benefactores cachivaches quirúrgicos, de la sádica e impertinente mascarilla de eter, tocado de un *jipijapa* que le dá aspecto jaquetón y mundano; frente a un *cocktail* aromoso y rosado como los labios de una hembra joven y sana; en un momento de ritmo —como dice él— en el que, exaltado por el recuerdo de una eurítmia, de unos senos de armonía perfecta, el suave aroma a sándalo de una nuca, o la espuma de un viejo vino de Italia, salta sobre el lomo del potro olímpico, cabalgando en perfectos, musicales y propios alejandrinos, puesto que sabe manejar las riendas de púrpura que tejió Faeton para el divinal efebo de "Delfos". *En un momento de ritmo*, abierto el severo portalón que dá franca entrada

a sus raros, alegres y perfumados jardines interiores— jardines un poco distantes *del vulgo munieipal y espeso*— para que no pueda la bestia humana, pretenciosa, vulgar y necia, vejar las rosas, los lirios y las orquídeas; babear y enfangar las claras cisternas, o perturbar los idilios pasionales de las ninfas y los silvanos sabios. En un momento en el que barajaba, con malabarismo sorprendente, el arte, la mujer, sutiles reminiscencias, lejanos perfumes parisinos, hondas nostalgias del *Rhin*, y que se yo cuántas cosas más exóticas, pero todas llenas de gracia y de estimable armonía, dichas de manera alegre y jovial, a despecho de la austeridad pétrea cincelada en el ceño leonino, por el constante esfuerzo de investigaciones, de nobles y reconditas inquietudes, de crueles malarias y de estas muecas simiescas: ingratitud, maledicencia, injusticias, que envenenan su vida socrática, platónica y monástica.

La posición de la caricatura, al primer golpe de vista, parece falsa; pero esta firme, no bambolea; cae bien y podemos con un ligero esfuerzo imaginativo reconstruir el cuerpo entero asegurándonos de su aplomo. Está aceptable la caricatura, puesto que las líneas máximas, las principales líneas, las de fuerza, saltan, dando firmes relieves, dominando triunfalmente, y diciendo: yo soy el doctor Francisco H. Rivero.

No obstante, entiendo que el caricaturista Carbuccia pudo hacer una obra, si nó perfecta, porque esto es completamente imposible, cuando menos, más acabada. Cómo?...., pues, sencillamente: no tomando en consideración el *narcisismo recóndito de todo caricaturado*, y dominando completamente el miedo a la rizada melena de león que custodia los nobles, bellos y perfumados jardines de que hemos hablado, tal como se lo he perdido yo, por la virtud de la flauta, y afinidad de quinta-esencia estética, y otros beleños.

El artista pudo haber hecho una obra mejor, menos fotográfica, recurso solamente perdonable cuando la víctima del lápiz es adónico o inocuo; pero, en fin, el trabajo está relativamente original, psicológico, y sobre todo intencional, pues nos dá a conocer, de una manera simbólica, la virtud que tiene este hombre de destruir para crear, de tejer rosas de vida y de esperanzas, de ensueños y de quimeras en los labios mismos de la muerte: noble y bello espectáculo!!!!.....

Pro=Psiquis.

Un filósofo ha asegurado que nada hay más bello debajo del cielo, que la contemplación de un alma. Contemplemos nosotros la psiquis, la "Pro-Psiquis", la vida, y también la jaula de huesos del más complejo de nuestros escritores: el que tenga trilobitos y orejas largas, que no se asome, porque no verá nada.

Apenas ha abandonado la adolescencias Ricardo Sánchez Lustrino, y yá destila como un benedictino, caldos que embriagan. Sensitivo, erudito, cincela impecables camafeos de fuertes y preciosos relieves. Sus labios voluptuosos, plenos siempre de sonrisa infantil, y como si en ellos se *encabritara el precioso niño de su alma, dice: Nada que humille. Nada que llore. Nada que esclavice. Nada que no sea Yó dentro del Yó...*; mos-

trándonos con tan alambicadas síntesis, su mentalidad anárquica; su bella cebra libertada de prejucios; limpio de dogmitismo, y de eunuquismos bochornosos; su completo desdén para la *infecunda híbrida de corto trotar y orejas-largas.* Nos muestra su *ego sum qui sum,* y los demás que pacen bovinamente, pasivamente. Las inconoclásticas y purificadoras influencias de Malatesta, Bebel, Hamon, Reclús, Ferri, y demás magos precursores del Osiris futuro; del Osiris que pronto, muy pronto, destruirá con su fuego los carcomidos altares donde bambolean, empapadas de pigricia y de sangre, las despiadadas y repugnantes bestias que oprimen a la humanidad, los sarcófagos capitolinos, los templos babilónicos donde solo se le rinde culto a la mandíbula antropofágica, a la bifurcada y sanguinolenta pezuña del maldito chacal *Anubis.*

Con Aristipo de Cirene, Sánchez Lustrino convencido de las amargas realidades que marca el "Eclesiastés" pisa, con un cráneo de nihilista victimado, sus panfletos incendiarios y panclásticos, sus vengativos apuntes, y el "Catecismo Revolucionario" de Bakounine, el *oso siberiano.*

Reza, antes de tenderse en su camastro, las antífonas perversas de Verlaine, el sátiro de áureos cuernos y almizclada piel de loto, los versículos del ascético Francisco de Asis y del pálido

Kempis. Aprisiona con sus enjoyadas pinzas a la fémina, aún libedula, a la potente nubia de etruscas ánforas, o a la gentil dogaresa de nuca de oro, para cantarles canciones de amor. Panteista, apenas cubierto el torso con una rispida piel de lobo, lo sorprendí una noche, con una zampoña dormido sobre el lácteo vellón de las ovejas, bajo la caricia plateada de plenilunio. Morfinómano, hunde por voluptuoso sadismo, el imperceptible viaducto de Pravaz, en las rosadas y turgentes pomas de una hetaríra vesánica, o en los pálidos lirios de una tísica Margarita, y canta triste rapsodias con las brunas y almizcladas gitanas, bajo su tienda de zíngaro refinado y perverso.

Asido de la túnica azul del Rabino Galileo, vaga caprichosa y burlonamente por los atajos sensuales y polvorientos de la decrépita Biblia. Ayuna, después de leerle a las divinas galileas los manuscritos de Monsieur de Phocas, las cantáridas de Baudelaire y las estrofas de Samain. Bebe sin escrúpulo, hidromiel y leche de camellas con los leprosos de Capharnaúm. Platica con Job en su estercolero. Se recrimina, como estóico castigando su naturaleza con despiadadas privaciones; aspira mirra, incienso y cinamono con las capitosa sulamitas, en las estancias salomónicas del "Cantar de los Cantares".

Asi, ecléctico, multiforme y raro, cruza por

este mundo miserable y se nos presenta siempre sin afeites, sin mimetismos, sin máscaras ni cascabeles, asegurándonos *que solo sabe que no sabe nada;* humilde, con amor y en devoción perenne para los cíclopes del pensamiento, o para los gentiles hombres de la palabra hecha música, perfume o símbolo, para todos aquellos que triunfan y dominan como emperadores en la tierra, o como divinidades en el Parnaso.

Bate sus potentes remiges de aguilucho atrevido, su recia envergadura por ver de posarse en las cumbres radiantes; para escuchar en las cimas incontaminadas y llenas de luz, la palabra profétic, hecha luz, de su Maestro Mayor; para descifrar las musicales y amargas parábolas del taumaturgo Zaratustra, o ya para dialogar con Guyan, Ibsen, Emerson, James Schopensauer, Sócrates, Stirner y Platón: desdichado Prometeo condenado a la roca de sus hiperestesicas visiones psicointelestuales.

Abiertos sus ojos para la perenne contemplación de sus introhorizontes, que estan más allá de lo reglamentado. Besando las frentes tocadas de locura: a los rimadores de azul con ruiseñores, y a los de corazones con nelumbos y caléndulas.

Incomprendido siempre, sumergido en el surco de su "Yó", fuerte y trascendental; fundido completamente en sus elevadas y sutiles especula-

ciones; incongruente a veces, pero, incatalogado y sincero siempre, ora en astral, paseáse por los laberintos e hipogeos del hermetismo; o bien curvado sobre la geroglifica rosa del gran Pentacle de Salomón, invocando el círculo planetario con Jehova, Enmanuel y Tegramaton, o buscando el *alfa y omega* de las cosas desconocidas e infinitas, y solamente palpables, microsmicamente, por inconsciencia de las ondas en la consciencia del misterio.

Tiltado de nietzchiano, el autor de "Pro-Psiquis" cruza por nuestra estepa literaria, palincéptico, y a veces se adentra hasta las tenebrosas zonas de la nada, o de lo infinito, que muchos y yo no comprendemos, tejiendo y destejiendo la complicada urdimbre del divino loco de Roecken, pero lejos siempre de las tarántulas que emponzoñan la vida, y de las almas incompletas —para él elementales y larvas—: políticos, mercuriales, burócratas, aúlicos, sicofantes, patricidas y eunucos, de esa ralea pestilente que pudre los valores; o ya dialoga de picacho a picacho, con cóndores, con leones y serpientes (nunca con asnos y batracianos) sobre los cánones del super-hombre.

Apolíneo siempre, henchidas las sedosas velas de su galera de ensueños y poemas, boga con plateados remos en los mares de una bohemia aristocrática o en el glauco canal de la Esperanza; pero a veces, el leviatán de sus nihilismos empuja el

BIBLIOTECA NACIONAL - SANTIAGO

golfalón de sus protestas hasta hacerlo trizas en los reductos de nuestras tiranías zomorfas, entonces, trasijado y lleno de lacerias, su cuerpo cae con su libertad en los instrumentos de suplicio, en los hierros infamantes, único blasón de las monocracias dictatoriales de nuestra seuda-República.

Irreductible como Potioff, e inexorable como un Juvenal, castiga con la fusta de su verbo candente y preciso los lomos fagedénicos de nuestros mandarines microcéfalos y ridículos.

Misericordioso con los parias de nuestra Siberia social y política como una bondadosa Samaritana derrama en sus bocas sedientes la transparente linfa inmaculada, la palabra libertaria, palabra sincera, inespecutaliva; les brinda, sin falsas simulaciones, el rojo vino de su sangre —porque escribe con sangre— en su pluma, en sus venas o en el cráneo candente del apóstol Bakounine: tocado de rayos de sol su bóveda craneana y su alma, cruza por entre el *monstruo y sobre el monstruo policéfalo*: rara dualidad y difícil triunfo.

Así va por la ruta tortuosa el pensador solitario, anhelando el *nupcial anillo de los anillos, el anillo del retorno, para desposarse con la eternidad en la capilla de las eternidades;* escuchando en su *claustro de seda y plumas, la sinfonía en re azul,* que para su *In Se* deslie en el armonium de

la naturaleza, bondadosamente, el demiurgo, para después cruzar por el puente que tendió Lamarck, Linneo, Cuvier, Jeoffray, Agassi, Quatrefages y Darwin, en busca del *Ubermenesch.*

—I qué más?.....

Pues, enamorado de otros mundos, donde él supone que las almas son más armoniosas que las almas de este mundo fatal. Vibrante su ánimula, y sus neurones a un tono imposible. Interrogando constantemente al monstruo enigmático que finca la grupa en las candentes arenas del desierto; y con el deseo irrealizable de besar las estrellas o de hacer una pirueta en el disco del sol, tal vez cruce la estigia fatal en el bucentauro azul todo lleno de rosas, de músicas y perfumes, que condujo a Petronio al "Aqueronte".

Dios quiera que asi no sea, pero si resulta, que no olvide colocar, en mi nombre, y en de mis otros hermanos de rebeldía, ánforas votivas sobre los blancos mármoles que sostienen su "Pro-Psiquis"; y agradecidos gravaremos sobre el rojo basalto o la tosca piedra del columbario que guarde su osamenta de torturado, este epitafio: vivió en la tierra, amando a los hombres, a la filosofía y el arte.

"Mi Libro de Cuentos."

Al tomar en mis manos los originales del libro de cuentos, que próximamente consagrarán con su admiración los espíritus apolíneos, y que le arrebaté al artista, como arrebataría un acrópata sediento una crátera que contuviera añejo y perfumado vino de Falerno, por un sujestivismo muy mío, sentí una sutil y aristocrática sensación de arte, algo así como si estuviera entre rosas, mirtos, estatuas, mujeres armoniosas, púrpura; o en un paraje antiguo, de serenidad ática, donde mi espíritu, creyéndose helénico, vivía la vida suave y enorme del Partenón.

Al profanar mis pupilas el pórtico del templo, lo primero que me llamó la atención, fué lo sencillo del título de su libro, primera manifestación de su talento. El autoprólogo yo lo esperaba: ¿Quién

podía servir de guía a este gladiador de la prosa, cuyo escudo está cincelado por las más altas divinidades de la ciencia y del arte?

De la misma manera que Lúculo invitó al propio Lúculo a su banquete, bien podría este efebo de apenas veinte años, invitar su alma de exquisita sensibilidad, a este banquete mental, y embriagarse con el mismo jugo que escanciaba, en olímpicos copones, el precioso Ganimedes.

No traduce su libro tan solo entusiasmo juvenil; no es tampoco a pesar de que él lo afirma, un producto instintivo de su temperamento; es algo más que la sonrisa irónica del filósofo precóz; es la obra reflexiva de una sazonada madurez, que solo se la puede explicar, quien haya platicado con él, en una de esas horas conticinias y solitarias de esta ciudad colonial, en la cual una sintonía perfecta hace propicio el mas bello y alto connubio: el connubio psico-intelectual, o bien haya tenido la gracia de leer, como he leido yo, sus hondos trabajos de crítica, hijos de una vasta y sólida cultura y de su magnífico talento artístico, que sobrepasa el estrecho círculo de nuestro ambiente estéril, huérfano de escritores de verdadero talento.

Literato por imperativa ley de herencia, es en mi concepto, la capacidad mas amplia, la mente más cultivada de esta generación, y el temperamento mas exótico, a despecho de su libro tan na-

cional. En la crítica y en el cuento, marcha paralelamente, con esos dos nobles y generosos espíritus: Pedro Henríquez Ureña y Fabio Fiallo.

Su arte busca la claridad ateniense y el simbolismo embrujador del itálico D' Annunzio, y de los inolvidables galos Flaubert y Dautet. El procedimiento pictórico de sus cuentos es el mismo del exquisito mago Mendez mezclado, virtuosamente, con el descriptivo de Zola, Balsac, Monpassant y el viejo León Tolstoy. A veces sus estancias y períodos tan tranquilos, tan suaves y tan bellos, despiertan en el lector, la imágenes fantásticas y perturbadoras del diabólico Hoffman y del desdichado Edgar Allan Poe.

Su arte es, a veces, de un realismo exagerado, pero tolerable, porque lo moderniza, macerándolo en las esencias de Prud' home, Anatole Verlaine, Pierre Louys; porque lo trepa a ratos en el tablado de Ibsen, lo pasea por el lago de Goethe, o por entre las estatuas, los mirtos, los templos y los dioses de las antiguas ciudades de la Hélade, o lo hace, junto con Sócrates, Platón, Aristoteles, bogar por el espumoso ponto que arrulla el archipielago Egeo, en regia nave de sedosas velas y remos de plata.

En la "ENTREGA", resuelve la tesis de uno de los cuentos mas bellos que he leído; es un cuen-

to intensamente psicológico, tendencioso y de firme marcha.

Las "VISITANTES", es el más profundo y serenamente ateniense, en la forma y en el fondo.

"AMOR", como de amor al fin, es un cuento encantador que tiene mucho de la suave y vaga gracilidad de la Beatriz de la "Divina Comedia". En el sublime sacrificio de la cieguecita que se esfuma plena de un amor celestial, tiene un símil con la heróica suicida pasional Eduvige, del maravilloso artista hiperbóreo Enrique Ibsen.

"UNA NOCHE DE BAILE", es uno de los que más fuerte presa hizo en mi, debido al procedimiento, a la psicotecnia con que ha tejido la urdimbre sedátil, donde ha dejado su huella el áureo y ágil coturno Eca de Queiros.

"LOS DOS PECADOS DE LA COQUETERIA", es el más moderno e inolvidable, es una perfumada y lejana página de su vida prematuramente agitada.

En "LA PRUEBA DEL TONTO", hay que meditar, porque el cuento es de meditación; realiza una cita donde concurren su erudición, su temperamento exquisito y sus recónditos dolores.

"CONFESION", es superior a todo el episto-

lario romántico escrito por él, para él, para sus musas y sus prdilectos: que inmensamente conmueve el espíritu el dolor de esta confesión revelada.

"LOS CIRIOS DEL MILAGRO", es una leyenda de oro, que enciende admirablemente, la poesía del recuerdo, tan difícil de evocar; y tiene para mi el valor de las frase musical las suaves líneas, la caricia plástica, impecable y firme como los moldes piteos.

"DESDE UN QUINTO PISO", es la vida americana, la vida babilónica de la enorme ciudad congestionada de carne de mármol, de carne de bronce, de carne de marfil, de oro, de placer y de imbecilidad. El amor libre, grande; la palpitación del instinto sincero, los retorcimientos tetánicos de los celos, del odio y del deseo, no puede tallarse con cincel tan humano y dolorosamente franco como lo ha hecho el artista de "Mi libro de cuentos". Este cuento, aun cuando se lo haya negado a otros estimables compañeros de capilla, es una vibrante página de su vida, envuelta en lechos de brocados y plumas, y en orgías evocadas de edades ya muertas: eterna desgracia para el Arte, y acibar que amarga los labios de aquellos que adoramos a Alcibíades y Petronio.

"LA DAMA QUE FUE UNA VEZ ADUL-

TERA", encierra el motivo que más me interesa por ser el más voluptuoso y exquisítamente perverso; leyéndolo, parecíame vagar por jardines preñados de rosas humanas que se entregaban cargadas de perfumes a los sátiros para que las profanaran pétalo a pétalo; y pareciame sentir, también, que la Belleza se me entregaba de un modo cabal, como una misericordia de amor: igual le sucederá, siempre, a aquel que saboree las confidencias indiscretas de las viejas y refinadas historias de liviandades de Doña Clara de Altamirano —a quien desde ahora, os juro— amo más que a todas las coquetas del mundo.

OBRAS PUBLICADAS.

"Góndolas".
"Galeras de Pafos".
"Del Sena al Ozama".

PARA PUBLICAR.

"Los Ultimos Funestos".
"Panteras Rubias y Alimañas Negras".
"La Corte de Cambelén (Panfleto).
"Después del Bajo Imperio".

DE ARTE.

Flautas de París.
Cuerno Musagetto.
Tímpanos de la Montaña.

INDICE.

INDICE

DE ORILLAS DEL SENA		PAGINA
1	Dedicatoria.	7
2	El Rey de la Bohemia.	11
3	La Morgue.	14
4	Gaby Deslys.	17
5	Notre-Dame.	21
6	El Cardenal Richelieu.	25
7	En el Panteón.	28
8	En el Museo del Louvre.	32
9	Calimánticas.	36
10	De ré Gastronómica.	40
11	El Bosque de Bolonia.	44
12	Mademoiselle Regina Weis.	48
13	Otro Bolo Pachá.	51

14 Landrú. 54
15 El Museo del Luxemburgo. 57
16 Le Chiffonier. 60
17 El Tigre Francés. 62

DE ORILLAS DEL OZAMA.

18 Jacinto Silvestre. 67
19 Neurosis de Cristal. 76
20 Reliquias Históricas de La Española. . . 82
21 Mensaje. 87
22 La Cabeza de Monsieur Fauré. 92
23 Diapalismo y Postumismo. 96
24 Estalactitas. 103
25 Una Caricatura. 107
26 Pro—Psiquis. 111
27 Mi Libro de Cuentos. 118

COLOFON

Este libro fué impreso el año de 1922 en la casa editora de la Vda. García, en Santo Domingo, República Dominicana.